

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica **1930** Sábado 24 de Mayo

Núm. 20

Año XI. No. 492

SUMARIO

José Carlos Mariátegui	Rafael Maluenda	Acerca del valor civil	Blanca Milanés
De Max Grillo.....		Rafael Barret.....	Manuel Domínguez
Diagnóstico	Max Jiménez	Dos cuentos	Rafael Barret
Del homenaje peruano a José Carlos Mariátegui.....	Varias firmas	Sidar, el aviador.....	Rómulo Tovar
Contribución para un Diccionario de Citas	Juan del Camino	Peregrinación a San Pedro Alejandrino.....	Cornelio Hispano
Un homenaje y dos poesías.....	Berta Graciela Viquez	La venta de la Quinta de San Pedro Alejandrino.....	
Meditaciones de Omar Dengo.....	Max Grillo		

Inmovilizado en su sillón por el mal que le aqueja, se pudiera creer que su acción, su vigor orientador, son reducidos dentro del marco de la juventud que acude a su estudio y que viene a escucharlo y a cambiar ideas con él. Pero José Carlos Mariátegui, en la tranquilidad de su hogar—que preside una esposa admirable y que llenan las voces infantiles de sus hijos—detrás de su mesa de trabajo, en la discreta penumbra de este escritorio donde los íntimos hacen tertulia familiar, es en el Perú intelectual una de las grandes antenas que están difundiendo fe y esperanza en el alma de las juventudes y enseñándoles que no hay fuerza más poderosa que la del pensamiento—servido por hondas convicciones—para edificar la conciencia de un pueblo.

José Carlos Mariátegui, no creo que tenga más de treinta años, ha viajado, ha visto y sentido las realidades de su Perú, y en torno de ellas ha escrito un libro: *Los siete ensayos*, libro nutrido de doctrina, vigoroso de convicciones, lleno de luz de porvenir. Luego ha mantenido en un medio ambiente que—más que por razón de cultura, por razón de población—no da grandes resonancias a las obras del espíritu, una revista, *Amauta*, órgano de la más representativa intelectualidad peruana, en la cual colaboran escritores de toda América, y en cuyas páginas hay caudales de deleite para el pensamiento y para la emoción.

Amauta—así se llamaban los augures incaicos, los que tenían la misión de hacer perdurables las doctrinas y las tradiciones y las formas de la cultura incásica—es un órgano de publicidad que importa un orgullo en el ambiente más puro de intelectualidad peruana; y es al mismo tiempo la singular evidencia del fervor, del ardoroso entusiasmo, de las indomables energías que perfilan la figura de José Carlos Mariátegui.

Extraña y sugerente personalidad la de este pensador!

Comienza, casi niño, como empleado en *La Prensa*. De allí, de la agitación periodística diaria, de esa batalla cotidiana de las convicciones sobre la opinión pública, recogió seguramente Mariátegui su fe profunda en la influencia de la palabra escrita, íntima convicción que ya nunca más le abandona y le hace sentirse incompleto cuando, transitoriamente, no está

José Carlos Mariátegui

**El escritor.—Maestro de energías morales.—
Una gran fuerza psíquica.—La revista Amauta**

—De *El Mercurio*. Santiago de Chile—



José Carlos Mariátegui

Murió en Lima en el pasado abril. ¡Cómo duele que se nos haya ido tan clara y perspicaz inteligencia! Del *Rep. Am.* fué amigo y estimador. Con su colaboración lo honró a veces. Estaba bien correspondido de parte nuestra. Nos asociamos al dilatado clamor de las juventudes intelectuales y obreras de nuestra América que lo han visto irse, y lo lloran.

serviendo con su pluma una hoja impresa.

Se incorpora más tarde al grupo de escritores y artistas que, colaborando en la revista *Colónida*, se aunan bajo los estandartes líricos y funambulescos de Abraham Valdelomar. Juan Croniqueur deja hermosa huella en las páginas de esa revista. Luego hace teatro, escribe poemas empapados de un sentido místico. Vive en el fervor de bellas inquietudes... Ya la garra de un apostolado que más tarde va a iluminar

toda su acción, prende en él. Funda en compañía de del Valle *La Nueva Epoca*, y esa hoja—por el vigor de su acento y por su valentía de opinar,—sólo tiene una edición. Luego... período de agitaciones y el éxodo hacia la Europa acogedora.

Vive durante un tiempo recorriendo Italia, Austria, Alemania. Asiste al espectáculo álgido de la agitación comunista de Italia, y al nacimiento y desarrollo de la reacción fascista; presencia en el más viejo imperio, en Austria, las perturbaciones político-sociales de post guerra; presencia en Alemania imperialista y feudal, el nacimiento de la República. Y la visión de esas colosales metamorfosis políticas, económicas y sociales, en los organismos de las más viejas naciones del viejo continente, templan en su espíritu las convicciones oscuras, larvadas, que apuntaron en su alma en los días de lucha de su niñez y de su mocedad. Regresa a su patria y comienza entonces su fervoroso apostolado de reivindicaciones proletarias.

El intuitivo de otrora se hace el hombre de estudios. Tipo perfecto de autodidacta, él mismo se traza su camino espiritual, él mismo esculpe las líneas de sus ideales sociales.

José Carlos Mariátegui es un pensador de honda síntesis, un visionario vigoroso.

Me fué presentado una tarde, en una exposición de pinturas, por el pintor José Sabogal. En torno suyo hacía rueda una decena de muchachos, escritores y artistas.

Apenas si entonces pudimos cambiar algunas palabras, aludiendo a los escritores chilenos que conocía, o con los cuales mantenía correspondencia. Más tarde fui a verlo a su casa, en momentos en que ese poeta maravilloso, poeta puro, antena vibrante de las más sutiles emociones, que se llama José María Eguren,

le mostraba unas acuarelas, verdaderas sugerencias de iluminado.

Al recoger el pensamiento de la juventud peruana que estudia, que trabaja y que se prepara para asumir las responsabilidades patrias que el destino le tiene deparadas, hube de acercarme a Mariátegui. Y conversamos. Yo le había obsequiado *La Fronda aristocrática*, de Edwards. Acababa de leerla. Me dijo:

—Es interesante, se lee con agrado; pero no

siento en sus páginas la independencia fría del crítico. Advierto en este libro la sensación de una «demostración». Además, hablar de la evolución política de un país y de un país americano, sin referirse a su evolución económica, es especular un poco en el aire: lo económico va siempre animando, y palpitando en la médula de los acontecimientos históricos que designamos con el nombre de «políticos».

Entonces lo he interrogado.

—¿Cómo ve e interpreta usted el desenvolvimiento económico del Perú?

—El Perú está en una etapa de crecimiento capitalista. La guerra europea nos hizo pasar, de la moratoria y el retorno al billete, a la capitalización y las sobre-utilidades. La burguesía nacional, que ha carecido siempre, por lo menos en su categoría dominante de latifundistas y gamonales, de un verdadero espíritu capitalista, desperdició esta oportunidad de emplear inesperados recursos en asegurarse, frente a los prestamistas extranjeros, una situación más independiente, y frente a las eventuales depresiones de los precios de los productos de exportación, una posición más segura. Fué incapaz de coordinar y dirigir sus esfuerzos en un sentido nacionalista. Se imaginó que las sobre-utilidades no se acabarían. Gaudente, sensual por naturaleza, imprevisora por hábito, en vez de aplicarse a la creación de nuevas fuentes de riqueza, se dedicó al dispendio. Cuando los precios del azúcar y del algodón, después de la guerra, cayeron bruscamente, los hacendados de la costa se vieron en la imposibilidad de hacer frente a los créditos que habían contraído ensanchando incontroladamente sus cultivos y cuadruplicando su lujo. Un gran número de ellos quedó desde entonces en manos de sus acreedores: las casas exportadoras que financian nuestra agricultura costeña y que le imprimen, regulando su producción según el ritmo de los mercados extranjeros, una fisonomía característicamente colonial. Las lluvias y desbordes de 1925 vinieron a agravar esta situación.

El volumen de nuestras exportaciones de algodón y azúcar ha aumentado ciertamente; pero la baja de los precios repercute deprimentemente en la economía del país. Muchas haciendas de la costa han pasado a ser propiedad de las grandes firmas exportadoras; no pocos latifundistas han quedado reducidos a la condición de administradores o fiduciarios de éstas. Y en el valle de Chicama se ha operado un proceso de absorción de las negociaciones agrícolas nacionales,—y aún del comercio de la ciudad de Trujillo—por la poderosa empresa azucarera alemana, propietaria de la hacienda y la central de *Casa Grande*.

La explotación de las minas de cobre y de los yacimientos petrolíferos, ha crecido enormemente; pero sus utilidades enriquecen a compañías extranjeras, que no dejan en el país sino lo que pagan en salarios, sueldos e impuestos. La industria es todavía exigua. Sus posibilidades de desarrollo son naturalmente limitadas; pero las limita más aún la dependencia de nuestro movimiento económico al capitalismo extranjero. El capital europeo y norteamericano no tiene interés en que estos países sean otra cosa que depósitos de materias primas y mercado de consumo de la industria de Europa o Norte América.

Tenemos, así, por resolver un problema de nacionalización de nuestra economía.

—¿Es posible esta nacionalización, dentro de los intereses y necesidades del régimen capitalista?

De Max Grillo

9, rue de la Grande Chaumière.
Paris, marzo 29 de 1930.

Mi querido amigo, Joaquín García Monge:

Recientemente en un semanario colombiano publicóse, por primera vez, el soneto que ahora envío a usted. Con tan mala suerte se estampó que apareció sin título y sin indicar que esos versos eran traducción de los originales de Francisca Julia, eminente poetisa brasileña, ya fallecida.

Temo que pueda pasar entre mis amigos brasileños como hurtador de la miel ajena... Tal es el motivo que tengo para rogar a usted que reproduzca el expresado soneto en su leído Repertorio

Siempre su amigo y admirador,

Max Grillo

Musa impasible

(De Francisca Julia).

Jamás ¡oh Musa! del dolor sincero
la pena, descomponga tu semblante;
en presencia de Job, como delante
de un muerto, sea tu dolor austero.

Las inútiles lágrimas no quiero,
ni que tu boca enamorada cante:
habla en lengua de fuego como Dante,
crea dioses divinos, cual Homero.

Versos en graves ánforas pulidos
aprisionen tu imagen, y celebra
los cantos de las almas aprendidos.

Versos que con sus bárbaros sonidos
recuerden el guijarro que se quiebra,
o por el tiempo mármoles partidos.

Max Grillo

Río de Janeiro, 1925.

—He aquí una pregunta a la que cada uno responderá, con un criterio siempre más subjetivo que objetivo. Yo no pretendo escapar a esta regla; pero creo de todos modos que la crítica de un intelectual que, aunque obedezca a una filiación doctrinal, no puede dejar de tomar en cuenta los datos de la realidad, es más libre, más desinteresada que la del negociante o la del abogado ligado absolutamente por sus conveniencias al régimen capitalista.

Me parece evidente que el grado a que ha llegado el capitalismo mundial, en su organización industrial y financiera y en su distribución de los mercados o su concurrencia en ellos, excluye la posibilidad de que puedan desarrollarse con autonomía nacional, nuevos capitalismos. Estamos en una etapa de imperialismo y de colonización inexorable. El Perú, como los demás países latino-americanos en análogo estado de su evolución económica, no puede sustraerse a esta ley.

Las consecuencias de la baja de los precios de nuestra agricultura costeña, se habrían dejado sentir más marcadamente en la situación económica y financiera general del país, si la política de empréstitos que se invierten en parte en trabajos públicos y en el resto se aplican a cubrir los déficit de los ejercicios fiscales, no disminuyeran su efecto.

Esta política, de otro lado, se refleja en la formación de una categoría de *profiteurs*, que compensa a la clase capitalista nacional, de la baja de sus latifundistas algodoneros y azucareros.

—¿Qué papel y significación han tenido las clases sociales en la historia y formación de la nacionalidad peruana?

—Sin duda, hay mucho que hablar sobre este tópico. Pero no cabe dentro de los límites de

un reportaje. Me limitaré a algunas rápidas observaciones. La primera es que la población indígena ha vivido en un casi completo ostracismo de la nacionalidad. La vida social de la Colonia nos legó un sistema de castas más que de clases. La revolución de la Independencia no llenó su función de revolución liberal por la falta de una burguesía que realizara sus ideales. Si en esa época el Perú hubiese tenido un campesinado apto para apropiarse de estos ideales, el feudalismo latifundista no habría pesado, como pesa hasta hoy, en la evolución política, social y económica de la República.

El caudillaje militar fué, en nuestro proceso republicano, un fenómeno característico de una sociedad falta de una compacta y activa clase dirigente. Una clase capitalista, y anexamente el gobierno civil, aparecen en ese proceso sólo cuando, sumados a la antigua aristocracia terrateniente, los especuladores del guano y otros negocios fiscales y sus abogados, el poder económico restablece el poder político de esta aristocracia, suficientemente fuerte para prescindir de intermediarios inseguros. El pueblo está visible en las luchas de la República; pero como pueblo, es decir, como suma o conjunto, no como clase; y no tiene una élite propia a su vanguardia. La pequeña burguesía ha jugado el rol a que ya me he referido en la formación del régimen leguista. Y el hecho más grávido de promesas de nuestra historia social de estos tiempos es, evidentemente, la aparición del proletariado, su maduración como clase que se siente destinada a la creación de un orden nuevo.

—¿Hay ideales unitivos entre los intelectuales y los obreros peruanos?

—Los intelectuales de las nuevas generaciones no han podido sustraerse, precisamente, a

la influencia de este hecho. Es tarde, además, para que aspiren a ser la conciencia de una burguesía progresista y robusta. Esa burguesía no ha existido nunca en el Perú; y no depende de los intelectuales darle existencia. El prestigio de los ideales burgueses o liberales ha envejecido. Los intelectuales que no se dirigen al socialismo, caen en lo que podría llamarse un diletantismo de la reacción: curiosidad simpaticizante, más que adhesión convicta, por las teorizaciones fascistas y tomistas. La juventud de las universidades, después de la agitación de la Reforma, no ha cesado de interesarse por la cuestión social.

También de este lado ha habido no poco diletantismo pasajero; pero algunas inteligencias honradas han encontrado una vía definitiva.

La tendencia ideológica más afirmativa y definida de la actualidad nacional es la tendencia socialista; las otras, si existen, están todavía por precisar o son simples resurrecciones de viejas tendencias, débil y confusamente retocadas.

De la solidaridad de los intelectuales de vanguardia con el proletariado y el campesinado, saldrá la fuerza política de mañana. En potencia, esa fuerza existe ya. Muchos factores favorecen la formación de un partido socialista, que dé un programa y un rumbo a las masas obreras y campesinas. Con la liquidación de los viejos y febles partidos, se ha producido una sustitución de los antiguos temas políticos por los temas económicos. En este terreno, ninguna doctrina se mueve con más seguridad que el socialismo.

Se dirá, por algunos, que quienes trabajamos en el Perú por el socialismo, no tenemos reivindicaciones inmediatas y, por consiguiente, nos alejamos de las necesidades presentes, concretas, de las masas. Pero esto no es exacto. Reivindicamos el derecho de las masas obreras y campesinas a la libertad de asociación, a la organización sindical. Reivindicamos para las comunidades y para los campesinos el derecho a la tierra. Los indios saben que estamos contra la conscripción vial, contra todas las formas de servidumbre subsistentes, contra la feudalidad latifundista.

—¿Cómo juzga Ud. frente a la realidad peruana, el problema de Tacna y Arica? ¿Qué porvenir le asigna Ud. en el futuro americano a la unión material y moral de nuestros dos países?

—Tengo para opinar sobre esta cuestión, lejos de todo motivo circunstancial u oportunista, el título de ser en el Perú uno de los escritores que no han atizado nunca la hoguera del revanchismo. Una distinguida escritora mexicana amiga mía me escribía recientemente de Santiago, invitándome a contribuir a la reanudación de relaciones entre los intelectuales de los dos pueblos. Personalmente no tengo que reanudarlas sino que acrecentarlas y mantenerlas, por que no las había interrumpido.

Para la generación que siguió a la de la guerra, el problema de Tacna y Arica era, sentimental y moralmente, el problema dominante de la reorganización nacional. Esta generación tuvo un magnífico e inmaculado portavoz: González Prada. Pero la idealización de Tacna y Arica irredentas dio su más puro fruto en la Junta Patriótica y el Apostolado de Figueredo. Mi generación ha descubierto el problema de cuatro millones de indios irredentos y no ha podido ya pensar como la de González Prada. La reivindicación de Tacna y Arica ha sido explotada por la política del feudalismo, heredero y continuador de la Colonia, precisamente para

descartar otras reivindicaciones. La juventud, el proletariado del Perú de hoy han respondido fraternalmente, por esto, a las palabras de la juventud y el proletariado de Chile. Muchos problemas comunes nos unen, para que pueda separarnos el de Tacna y Arica, que en un ambiente de amistad y comprensión tendrá la mejor garantía de una solución justiciera.

Si la solución es hoy posible, se debe en parte a que, pese a los chauvinismos recalitrantes, se ha hecho ya un trabajo preparatorio en la opinión de ambos pueblos. Los demás factores del acercamiento son bien conocidos. No es necesario que me refiera a ellos. Económica, prácticamente, Chile y el Perú son dos países que, como productores, se complementan. Histórica, espiritualmente, su más glorioso patrimonio es el de las comunes, fraternas jornadas de la Revolución de la Independencia.

Y, en cuanto al porvenir de la unión material y moral de nuestros dos países, mi esperanza y mi augurio son: que una confederación peruano-chileno-boliviana, u otra más amplia aún, pero en la que entrarán nuestros dos países, constituirá la primera unión de Repúblicas socialistas de la América Latina. ¿Utopía exce-

siva? Los mayores estadistas de Europa capitalista,—desgarrada por ardorosos nacionalismos, dividida por lenguas, pueblos y tradiciones distintas,—declaran su adhesión a una idea que, en ellos sí, tiene el carácter de una utopía: los Estados Unidos de Europa. ¿Por qué la juventud del Perú y Chile no ha de confesar un ideal que no sería sino una estación del camino a los Estados Unidos de Sud América?

Cuán fácilmente se puede reproducir lo que expresa un cerebro claro, que habla sobre asuntos que domina y cuya versación da transparencia a cuanto refiere! Mariátegui ha hablado sin vacilaciones, seguro de lo que dice, convencido de lo que afirma. Y acaso para no hacer tan definitivas sus expresiones, intercala de cuando en cuando un «¿no es cierto?» que, al dar beligerancia al interlocutor, no hace sino permitirle estar convencido de lo que el pensador afirma.

Cuando me despido de él, siento que este hombre joven, fervoroso y esperanzado, hacia el cual me lleva una sincera simpatía, ha crecido, crecido enormemente en mi consideración.

Rafael Maluenda

Diagnóstico

(Envío del autor)

Dicen que la distancia aclara la visión de las cosas, por lo menos facilita la apreciación del conjunto.

La voz general es que la United Fruit Co., nos tiene atados de pies y manos, y en semejante creencia no será extraño que nos le entreguemos de alma y cuerpo, sin aliviar, a mi manera de ver, en lo más mínimo, nuestra llorada situación.

Don Federico Peralta, propietario de una finca de bananos, me decía que la United Fruit Co., nunca le ha rechazado menos producción que ahora, que es el daño inmediato que puede hacerse a los costarricenses. En síntesis, lejos de entrarle menos al productor nacional, se esta aumentando su caudal.

Lo que sucede a la pequeña patria, es la historia de los huevos en un cesto; nos dedicamos sólo al cultivo del café, éste se redujo a la mitad de precio, y andamos en los bolsillos a la mitad del

dinero. Una pequeña parcela que cultivamos en Alajuela produjo la mitad de los años pasados, café entregado al comerciante exportador.

Esa región del Atlántico, que sirve para bananos por sus lluvias de todo el año, debe cuidarse como nuestro principal tesoro y con todo el sentido y egoísmo nacional.

En cuanto al interior, otros cultivos, son remuneradores, tanto o más que el café, requieren solamente mayores conocimientos y más trabajo, ambos obtenibles.

Seguramente los señores encargados, no habrán de vender la patria por falsos síntomas. La mala situación de un país que tiene que vivir de la agricultura no es arreglable con audacia de bolsa, sino con la variación e intensidad de los cultivos.

Max Jiménez

San José y mayo del 30.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

<p>CERVEZAS</p> <p>ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.</p>	<p>FABRICA:</p> <p>REFRESCOS</p> <p>KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.</p>	<p>SIROPES</p> <p>GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.</p>
---	---	--

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Del homenaje peruano a José Carlos Mariátegui

=De Variedades. Lima.=

La muerte de José Carlos Mariátegui renueva en mi espíritu el mismo dolor de la desaparición de Pedro Zulen. Tras la inquietud estética de mi generación, culminada en Valdelomar y en Eguren, que aunque venía del pasado tan fuertemente se adentró en ella, Mariátegui y Zulen, con una sólida cultura europea, representaron el esfuerzo de adaptarla a nuestros problemas vitales. Esa labor que soñara Zulen la realizó Mariátegui con el atisbo clarovidente de su talento. Y como ayer en la lenta agonía de Zulen, el destino ha querido que estuviera hoy cerca de Mariátegui y que otra vez asistiera al milagro de la fe en un mejor destino humano que alentó hasta la última vibración de sus cerebros donde el dolor olvidó su propia angustia para hacerse ofrenda generosa.

Enrique Bustamante y Ballivián

Creo que fué la inteligencia el más alto quilate de la personalidad y de la obra de Mariátegui. No habría hipérbole al afirmar que fué el más vigilante y despierto espíritu,—en cosas del espíritu, se entiendo,—de su generación y del Perú actual. Asombra la lucidez pertinaz de su inteligencia, capaz de sobrepasar en la iniciación, las desventajas de la pobreza y las dificultades de la cultura y de vencer más tarde al dolor y la enfermedad sobreponiéndose a la angustia rodante de lo fatal. Mariátegui fué en ese sentido un héroe de la inteligencia.

Pero aparte de esta heroica categoría universal tuvo, para nosotros, las más altas cualidades de la inteligencia vernácula. A pesar de su moldeamiento europeo, Mariátegui conservó intactas todas las raíces de su espíritu. Su inteligencia fué siempre esencial y típicamente costeña. Tuvo las más características cualidades del criollo de la costa: precocidad, agudeza, agilidad mental, culto instintivo de la forma y elegancia artística. La precocidad le hizo gacetillero festejado cuando era casi un niño y le condujo con prodigiosa autodidaxia, a ser apóstol y conductor de multitudes en el umbral de los treinta años. La agudeza, gaje de auténtico criollismo, es la nota más insistente de su producción saturada de humor sonriente, de travesura ingénita y de una maliciosa inclinación al adjetivo desconcertante e incisivo. Su misma actitud demoledora era de criollo desavenido y galaizante que, de vuelta de Europa, rompe al mismo tiempo con la tradición y con el idioma. Su insurgencia era no solamente individual, sino hondo mandato étnico en el que revivían antiguas virtudes cívicas de combate. Su oposicionismo fué siempre desde las *Voces* de *El Tiempo* hasta sus *sketchs* últimos de políticos centristas europeos, de pura cepa criolla, juguetón y caústico, parcializado a sabiendas, con cierta tiránica disposición a excluir los credos ajenos y a posesionarse dogmáticamente de la verdad como de una sinecura política que había que



Mariátegui yacente

(Apunte de Aristides Vallejo)

dejar exhausta. Su instinto le llevaba en ese sentido no sólo a la dictadura del proletariado sino a la dictadura de la inteligencia. Era un motinista antiguo que había leído a Marx, un opositor que había cambiado el parlamento por los gremios y la consigna del partido por el ejemplo de Moscú.

Su ideología y la propia conciencia severa de su apostolado le habían apartado del ajeteo político, pero tomaba el desquite en el campo de las letras promoviendo motines de vanguardia y acaudillando humorísticamente cuarteles literarios.

Su análisis del Perú revela amor y pasión, con predominio de ésta y olvido de la historia, pero con una recia fuerza impulsiva de renovación. Su puesto está por eso al lado de los grandes constructores de descontento, principalmente junto a González Prada. Su obra cauterizadora fué, sin duda, menos rotunda y armoniosa, menos cuidadosa del pliegue de la túnica que la del Maestro. Usó el bisturí satírico, sin el anestésico de las metáforas, pero tuvo en cambio mayor agilidad, cierta moderna destreza periodística, que hizo su obra más eficaz y más próxima a la masa, o con palabra suya, más beligerante que la prédica radical. Su verbo, a diferencia de el del Maestro, no fué simplemente tribunicio y arengatorio, sino esencialmente dialéctico y polemístico.

Por todas esas condiciones Mariátegui será con Haya de la Torre,— aparte disidencias sectarias,— uno de los máximos representantes de la inquietud de las generaciones nuevas del Perú. Su pro-

grama revolucionario tendrá todos los defectos propios de la utopía, pero hay que reconocer que puso en servicio de él, no sólo la brillantez excepcional de su inteligencia, sino cualidades morales inusitadas en nuestro medio: fé y constancia, que son aureola de apostolado.

Raúl Porras Barrenechea

Mi regreso y José Carlos

A Waldo Frank

Siento al trazar estas líneas que cumpla un deber ineludible y previo: rendir mi homenaje a José Carlos Mariátegui. Me ha recibido, al regresar de Chile, la tremenda noticia de su muerte. Cuando volvía a decirle que en Santiago se le esperaba; cuando había anunciado al público chileno que, dentro de pocas semanas, escucharía el verbo de un apóstol auténtico; cuando esperaba ver confirmados los felices augurios de nuestra despedida hace cuatro semanas, no le encuentro. Nada más que el tumulto admirativo, pero por hoy no bastante, tras de su recuerdo impoluto. Nada más.

No he querido esperar el día de salida de mi periódico, para cumplir este deber, porque me parecería traicionarlo y traicionarme. Ni quiero que se pongan en orden mis ideas, ni que la retórica se insinue para escribir. La muerte de Mariátegui es un hecho tan doloroso, tan significativo, tan trascendental, que ante ella no cabe dilación alguna. Cuantos tenemos el oficio de escribir, y antes de escribir, de pensar, y pensar con juventud, no podemos callar nuestro tributo admirativo y nuestra consternación. Mariátegui representa el porvenir, representa — no en pretérito sino en presente—el nuevo Perú, representa todo cuanto hay de fuerte, de puro, de señero y heroico en estos años de terco materialismo y de porfiado escepticismo. Como pocos, tal vez, como ninguno—excepto Prada y Vigil—fué un escritor con fe, con una fe. «Con una filiación y una fe», como insistentemente remarcará cuando polemizamos hace tiempo. Filiación y fe, que dan a todo lo suyo el carácter sólido y duradero de lo que se ha sentido, de lo que se ha elaborado con la vida entera.

Le acompañaron al cementerio, los obreros, los estudiantes, los escritores. Debieron ser todos. No debió faltar uno solo. Porque Mariátegui es un símbolo. Es triste que muera un hombre joven; y más aún cuando ese hombre joven tiene ideas e ideales. Pero, si además, de ideales, tiene la pureza, tiene el heroísmo, tiene la valentía de afrontarlo todo, y de vencerlo todo—porque Mariátegui fué un vencedor—pese a su enfermedad y a la campaña en contra—no hay palabra para lamentar la ausencia irremediable de quien, sin embargo, nos deja su espíritu vibrando, quizás con mayor fuerza, al lado nuestro, aunque perdida la eficacia de la formidable estrategia y el realismo vigilante, que, dentro de su filiación y su fe, le hizo vislumbrar en todos los campos, cuanto

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana de Cultura

EDITORES:

Bernardo J. Gastélum, Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo
Aparece mensualmente

Un número..... Dls. 0.50
Suscripción a 6 Nos..... 2.50

Apartado Postal 1811.

MEXICO, D. F.

había de valor auténtico y sinceridad. Nunca se apreciará, debidamente, esta facultad admirable de Mariátegui. La de aprehender todo lo valioso, la de amar todo lo sincero, muchas veces en campos adversos, pero sin abdicar ni un minuto de su posición definida y concreta. Y de ahí que su ausencia, en el campo mismo de la lucha, será sin remedio. Su espíritu, su recuerdo serán acicate, gonfalon; pero faltará el tacto que le hacía conducir sus ideas y sus fuerzas por entre todos los escollos, dominando las situaciones, haciéndose amar, respetar y, a menudo, temer, por los más encontrados. No quiero, en esta hora que es de doloroso desconcierto, insistir más. Me prometo—aunque nadie me lo pida— como deber para mí mismo, bosquejar pronto la figura de José Carlos, decir cuanto fué, entrar en su obra y en esa iniciación mística de sus primeros días literarios, misticismo que, aplicado a la realidad, hecho sangre, ha sido la esencia misma de su pensamiento y de su obra.

Fué a la Revolución, con el corazón más abierto y puro que he conocido, pero llevando, como contrapeso, su experiencia europea, su análisis de la realidad. Ahí está su obra, inmensa y denodada. Ahí está su vida rota, sacrificada a su obra. Ahí está ese ejemplo inolvidable, del hombrecillo que desde un sillón de ruedas, fué el cerebro vigilante y el pensamiento alerta de una generación que no ha llegado aun a su plenitud, pero que no podrá perder de vista nunca lo que él dijo. Ahí está, para dolor de todos, de cómo viven estos héroes sin mancha, vencedores aunque sean pobres—porque no hay que confundir derrota con pobreza—su hogar deshecho y pobre, y la acuciocidad vigilante de sus compañeros, de sus admiradores que fuimos todos; aun los que, en la hora sin dobleces, de la muerte, puedan haber sido capaces de una reticencia ante esa vida que debiera convertirse tanto en ejemplo como en remordimiento, para los que no saben ni pueden sacrificar nada de su sensualidad exacerbada, a una idea; ni siquiera a un interés.

El último de todos, en el homenaje, pero no en la amistad ni en la admiración, quiero que mi nombre se una, siquiera por última vez, al del hermano definitivamente ausente.

Luis Alberto Sánchez

En nuestro medio, Mariátegui es un caso insólito. Supo rectificar su vida en el momento preciso. Después supo mantenerse en la línea que se trazara, sin apartarse un ápice de lo que él creyó su deber. Ese hombre admirable justificó su vida. Para él, treinta y cuatro años de existencia han sido algo más, pero mucho más, que una aventura. Vivió seriamente sin ser solemne. Su inteligencia sólida tuvo el encanto de una agilidad sonriente, de una presteza de apreciación que no falló jamás.

Su generosidad no fué efectiva sólo en lo cotidiano de la vida. Yo le he visto gestos franciscanos... Pero todo

aquel que se acercó a José Carlos siempre alcanzó lo que de él pretendía. Su amplitud acogía sin distinción hasta las cosas que eran antípodas a su ideología.

Yo no sé qué elogio podría hacerse de este hombre. Sólo sé decir que, para mí, fué una constante lección de optimismo, de abnegación, de desinterés. En su sillón de ruedas, corroído por el mal que le asesinó, ese mutilado hombre cabal fué el más vigoroso ejemplo de hombridad.

José Díez-Canseco

José Carlos Mariátegui representó el rol de un símbolo. Fué el símbolo del Perú. Sin él, lo mejor, lo que hay de más puro, de más sensible en la conciencia de la nueva generación peruana, habría permanecido soterrado, esterilizado por la acción del servilismo y de la rutina. Todas las injusticias se recrearon en Mariátegui. Hasta la Naturaleza misma, a menudo pródiga en procrear malvados e inútiles, fué parsimoniosa, avara, con la vida de este hombre bueno y justo. Voluntad de vivir, ansiedad de superación, tensión máxima en el arco para lanzar las flechas de su ideal, tales fueron las características de ese espíritu brillantado en el sufrimiento íntimo y tendido con ímpetu trágico hacia el Porvenir.

Pero Mariátegui como símbolo representa mucho más. Su vida varonil, heroica en el más alto sentido del vocablo, supera lo ejemplar; llega a ese trágico inaccesible, ante el cual, mudos de estupor, inclinamos la frente con reverencia. ¿Ejemplar esa vida? ¿Cuántos están dispuestos a seguirla? Sin embargo, para honor de la generación actual, para dignificación de la vida misma, podemos deducir un ejemplo. Mariátegui, pobre, enfermo, débil orgánicamente, supo afirmar su fé con valentía, supo propulsarla con desenfado, con violencia; según frase propia «metió toda su sangre para comunicarle pasión a sus ideales», y esto, ¡en qué hora! Cuando todos los que—llegados a la linde de la madurez—colocan un biombo de color púdico para ocultar las travesuras rojas de la juventud. Mariátegui subraya con gallardía sus gestos de protesta, y, así ha quedado hieratizado, al paralizarse el ritmo de su corazón, al apagarse la luz de su inteligencia, al enmudecerse sus labios para trasponer las fronteras de la muerte... Ha muerto como un hombre de ideas y como un hombre de lucha. En adelante, una vez más, los que poseen vértebras serviles e intestinos insondables, no podrán hacer casuísticas diferencias entre uno y otro.

J. Eugenio Garro

Valdelomar unió al periodismo, el sentido estético; Mariátegui unió al periodismo, el ensayismo social. Esta fusión se operó en él merced a un serio autodidactismo, que, en una transformación maravillosa, llevó de la dirección de *El Turf* a la dirección de *Amauta*, de la crónica local al libro de trascendencia americana. Glosador de los más

variados y lejanos sucesos de la «escena contemporánea» y de los más diversos y complejos fenómenos de la realidad peruana, de aquella sobre la que es posible escribir, su perspectiva poliforme estaba unificada por su filiación y su fe. Por eso su obra es de comentador, y, al mismo tiempo, de propagandista; es segura hasta llegar a la precisión matemática y al mismo tiempo, profundamente revolucionaria. Algunos osamos estar en ciertos aspectos distantes de Mariátegui; quizá su autodidactismo lo perjudicó haciéndole superestimar el valor de Marx perdiendo con ello el sentido americano autónomo que tiene, por ejemplo, Waldo Frank; quizá su espíritu periodístico y su rigidez doctrinaria, dan a algunos de sus ensayos cierta endeblez. Pero, a pesar de todo, su obra es tan trascendental que parece unida por una predestinación que él intuía en 1924 ante una de sus crisis cuando decía que no podía morir ya que las vidas son como flechas y la suya no había llegado aun al blanco. Su obra supera a la de González Prada porque está dejada de la comodidad y de la tranquilidad, porque está hecha con persistencia, porque contextura una interpretación dialéctica de la evolución del Perú y del mundo. Quien esto escribe—vuelve a decirlo—no es comunista. Pero fué bello ver a los discípulos y adeptos de Mariátegui despedirlo entre banderas rojas e himnos proletarios. Así le hubiera gustado que lo despidieran—no en su muerte, que no se ha producido aun, sino en su ausencia. Así afirmaban ellos, a pesar de la desgracia, su esperanza, esa misma esperanza que él afirmó a pesar del dolor.

Jorge Basadre

Si con la muerte de José Carlos Mariátegui hemos perdido a un escritor de extraordinaria inteligencia, cuya obra multiforme se agigantará con el correr de los tiempos avivando el premio de religiosa admiración de las generaciones venideras, hemos perdido también a un hombre cuya vida era un símbolo admirable de moralidad, de abnegación, de consecuencia, de bondad, de pureza espiritual y de acerada voluntad organizadora.

Viendo a José Carlos Mariátegui, en cuya salud el destino se ensañaba con refinada crueldad, se recibía la más hermosa lección del dominio de la voluntad y se presenciaba el más rotundo triunfo de las fuerzas del espíritu sobre las de la materia.

En este hombre de rectitud acrisolada, jamás se anidó un pensamiento impuro. Por eso sus frases tenían unción evangélica. Porque fué el espíritu más diáfano, blanco y avizor de su época, supo decir con bizarría y valor sin par lo que muchos sienten pero no se atreven a expresar.

Porque fué bueno, inmaculadamente bueno, prefirió la vida de lucha constante, de sacrificio renovado, a los triunfos fáciles y por eso estuvo al lado de los que necesitaban una amorosa comprensión para sus dolores y sus desventuras,

prefiriendo siempre el acíbar de los desengaños a la miel de los halagos.

Si la obra de Mariátegui, es un himno de su inteligencia sutilísima, que todo lo comprendía y todo lo abarcaba en juicios y puntos de vista de arrebatadora originalidad, es también espejo de su cristalino espíritu y de su corazón hecho para el dolor y para todas las comprensiones.

Por eso ante la muerte de este hombre cuya envoltura encerró un alma y

un cerebro de armonioso cristal, ante el viaje a lo eterno de este hombre que embelleció la vida con su ingenio sutil, que fué camino y fué faro de enseñanzas, que supo siempre sonreír ante todas las sorpresas, que fué un maestro inimitable de optimismo y de voluntad, que devolvió la fe a muchos con la abnegación y el ejemplo de su vida, hagamos de su memoria un culto y de su vida inmaculada la más bella enseñanza.

Fabio Camacho

Estampas

Contribución para un Diccionario de Citas

(Envío del autor).

Hoy hemos olvidado todos los sucesos nacionales y, como si tuviéramos el plan de recoger material para un libro que se llamara *Contribución para un Diccionario de Citas*, nos hemos puesto a entresacar las que siguen. Las tomamos de nuestras propias lecturas. Es posible que con el transcurso del tiempo alguien las encuentre aprovechables y nos bendiga.

«Consolaos, pobres gentes. No sois los únicos a quienes se les han hecho muchas promesas. Sucede a veces en los barcos cargados de esclavos que durante una tormenta, cuando el buque está en grave peligro, se acude a pedir socorro a los negros, amarrados con cadenas en la oscura bodega. Se les desata, se les promete por lo más sagrado darles libertad si salvan al buque con su trabajo. Los infelices negros salen jubilosos a la luz del día gritando ¡hurra!, precipítanse a las bombas, trabajan hasta agotarse, ayudan cuanto pueden, trepan, saltan, cortan los mástiles, amarran los cables: hacen en suma, de manera que consiguen evitar o vencer el peligro. Y en seguida, como es natural, son conducidos nuevamente a la bodega, son otra vez muy comodamente encadenados y en su negra miseria pueden entregarse a demagógicas consideraciones sobre las promesas de los tratantes en almas, cuyo cuidado, una vez que pasó el peligro, es ver si pueden comprar a buen precio algunas almas más.»

Al que tenga que hacer uso de esa cita con ocasión, por ejemplo, de las promesas de ciertos políticos que para no ver naufragar su vanidad comprometida en una campaña política, llaman a maestros y profesores a la danza de la propaganda electoral, tendrá que decir: «Como dijo Enrique Heine en su cuadro de viaje *Italia*.» Y después, si el que trae a cuento la cita quiere hacer reflexiones, abominará de los tratantes en almas. Y especialmente de estos tratantes de almas de maestros. ¿Por qué incursionan los caciques de la política en un campo digno de una estimación mejor? Menguados tratantes en almas para quienes prometer y defraudar luego es un refinamiento de la inteligencia.

«Propúsose en una ocasión retraer al

pueblo romano del intento a que le veía decidido de que se hiciera distribución y repartimiento de trigo, y para ello empezó su discurso de esta manera: Ardua cosa es, ¡oh ciudadanos!, querer hacer entender del vientre, que no tiene oídos.»

Diría el citador que así dijo Catón y que así podría seguir diciendo en presencia de los apetitos de tanto vientre como ambula y pulula por el mundo. La sordidez del vientre es eterna. Desafortunados los países en donde crece y centuplica sin poda que la vuelva estéril. Están expuestos a toda vulneración. Cunden las acechanzas de adentro y de afuera y siempre el vientre se muestra de primero y cuenta de sus recursos para triunfar. Como se arrastra no percibe ninguna voz superior. Pero es lince para rastrear el salario que se le arroja. Todas las defensas de un país las husmea y cataloga y sabe cómo abrir la brecha que proporcione el escalamiento. El conquistador de afuera no puede prescindir del vientre que lo ayuda y le limpia de estorbos el camino. Aquí los vemos en una mancomunidad agresiva burlándole leyes a la nación, acaparando tierras, afianzando monopolios, aniquilando la nacionalidad para que la esclavitud tenga más blandos deslizaderos.

Sigue siendo eterna la sordidez del vientre. ¿Qué hacen los países por secar esas entrañas tenebrosas?

«Catón arrojó de intento en el Senado higos de Africa, desplegando la toga, y como se maravillasen de la hermosura y tamaño de ellos, dijo que la tierra

que los producía no distaba de Roma más que tres días de navegación.»

Esa tierra era Cartago. El romano la veía con codicia. El amante de las citas haría uso de ésta al pensar que los sucesos históricos pasan y vuelven a tener actualidad. Los higos de Africa se producen hoy en América y el espíritu de Roma los sigue codiciando desde el Norte. Sobre las mesas donde el capital esclavizador planea incursiones, deja caer el recuento de los grandes recursos económicos de estos países. ¿Quién tiene esos recursos? interroga azorado el fenicio. Y el agente de la conquista puede decir también como el romano que las tierras que los poseen no subyugados todavía, no distan de ellos sino muy pocos días. Sólo que ya el término navegación va cayendo en desuso y el gerifalte tiene que referirse al vuelo. Pocos días de vuelo hacia el Sur ponen a la voracidad del Norte en el dominio de los higos de América. La conquista de las rutas aéreas sigue dominante. Estos países no oponen ninguna resistencia y consideran como el disfrute de la civilización entregar sin reservas el aire a la sola explotación norteamericana. No son esas compañías nada más que instrumentos de conquista. Detrás de ellas esta el nuevo espíritu de Roma. Los higos de América se recogerán más fácilmente en los aviones que pueden vaciarlos ante los ojos voraces horas después de haber planeado la conquista. Una sola red de aviones cruzará la tierra de la moderna Cartago, que es la segunda Africa.

Mientras tanto dormimos y nos halagamos con el poder del progreso servido por el capital esclavizante del Norte.

«Es grande obra dijo el cortesano, y sobrado grande, pues es sólo para grandes personajes; y yo no tengo por buen oficial al que quiere calzar a un enano el zapato de un gigante.»

Estamos en la veta riquísima de Gracián. ¡Cómo es de jugosa la enseñanza de este azotador del farisismo! Una cita como la anterior serviría al que viendo los esfuerzos de los naufragos de la política queriera por ponerse de actualidad en un país, tuviera que tratarlos despiadadamente. ¿Qué hicieron mientras el favor público les dió honores y los puso en condiciones de señalarle rumbo cierto a un país? ¿Qué avance le dieron a la legislación educacional, económica, agrícola? ¿Cómo trataron a las juventudes? ¿Tuvieron la aspiración de dotarlas de medios para que destacaran de entre sus mejores aquellas unidades que el futuro exigiera para seguir la batalla por la libertad y el progreso? ¿Qué hicieron los naufragos que hoy se lamentan? Allí están los mismos problemas de hace cuarenta años sin haber encontrado rumbo libre de desempeñaderos. Y esos que hoy visten, ocultándola, la vestidura del naufrago, tuvieron frente a frente esos problemas y los ladearon nada más que para terminar un período de gobierno en paz. ¿Cómo, entonces, se quiere exaltar de nuevo la figura vetusta, calzarle el zapato del gigante?

Porque un país no se redime de sus

DR. HERDOCIA

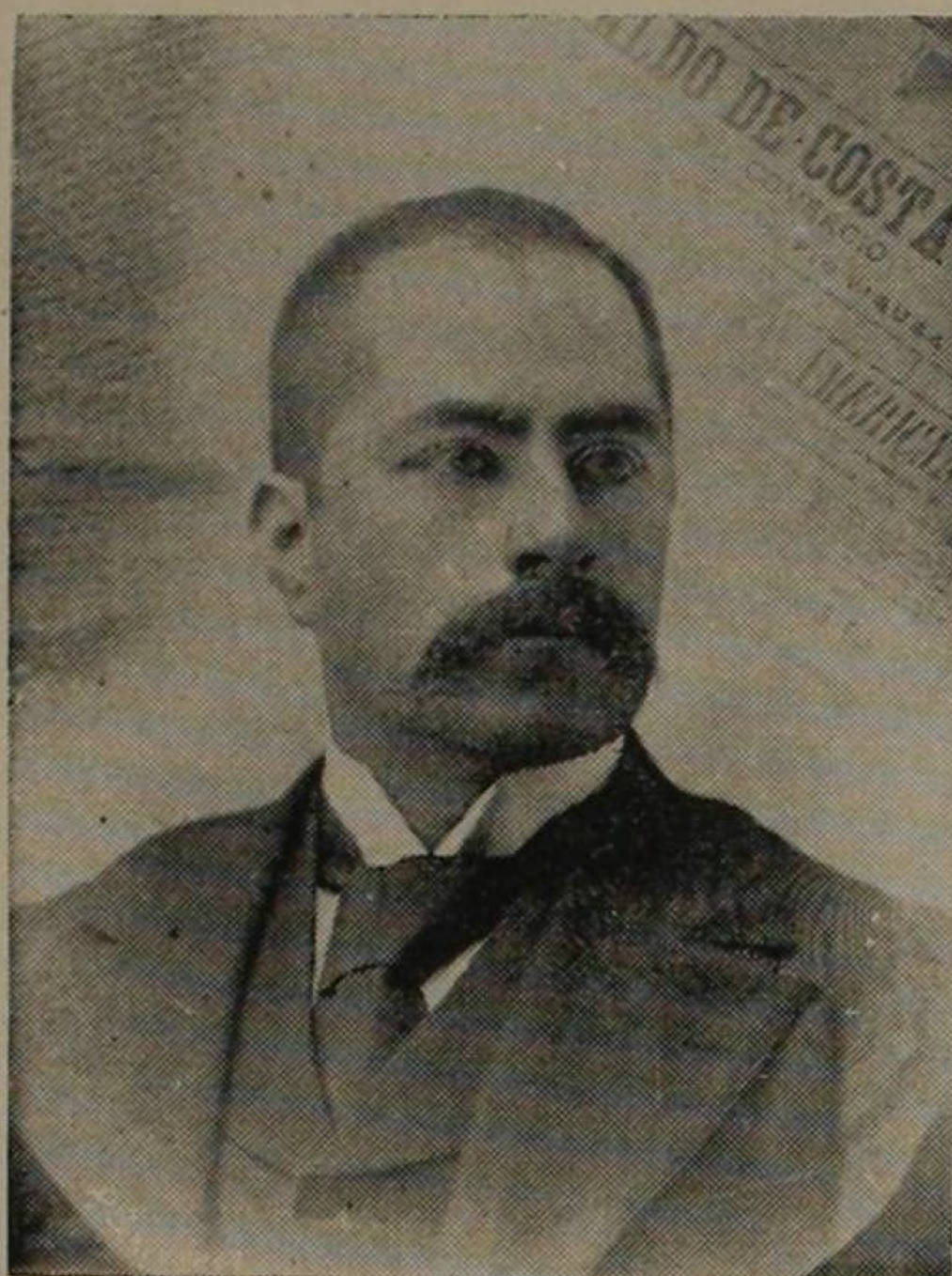
Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

Un homenaje y dos poesías



Hablando de amor

Venga el lucero del alba, llegue a mi reja
y deme, de amor la radiante mirada,
con que mi amado, sin verme, me obsequia.

Entre el rayito de sol a mi alcoba,
y béseme, béseme, como sueño
que hacerlo quisiera el que adoro y me adora.

El Céforo alado, la flor, el celaje,
todo, mi bien, porque tú eres mi vida,
quiero tan sólo que de ti me hable.

¿No sabes acaso que llevo un jilguero
por corazón?.. Si llegas, canta amoroso,
y si te vas,... dijérase muerto.

Cuando a mi lado susurras palabras,
felices promesas de dicha infinita,
está la avechilla aquí dentro mi pecho
salta que salta, vuelca que vuelca, brinca que
brinca.

¿De amor y anhelos su canto no escuchas
y de loca pasión, su ardiente aleteo?..

II

Dime: ¿te acuerdas de aquella fiesta
do la presencia del niño-amor
sentimos ambos, y en la floresta,
triumfal le vimos, sobre una flor?

¡Travieso niño!... Con paso breve,
de aquel su trono floral bajó,
y del carcaj que portaba, alevé,
todas las flechas me dirigió.

Con tanta maña las conducía,
¡que ni una sólo yo ví rodar!

Berta Graciela Viquez

Pio Viquez

Reputado en Costa Rica como gran pe-
riodista y buen poeta. El 10 de mayo algu-
nos de sus amigos recordaron afectuosos,
en el Cementerio General, los 30 años de su
muerte. Su hija amorosa, Berta Graciela
Viquez, poetisa ella, dijo entonces las pa-
labras cordiales que luego se verán.

Señoras y señores:

*Semejante a una flor que no muriera nunca,
vivió en mi corazón, años tras años, el amor a
mi lejana patria, y la varita mágica que daba
eterna vida y lozanía a la flor, era, el anhelo
que mi alma sentía, de visitar la tumba de mi
padre: si, con los ojos de mi espíritu, «adivi-
nada», con mis ojos mortales, jamás conocida.*

*Y llegó el día en que torné a la patria, triste
más-que alegre, porque dejaba en Cuba el aro-
ma que fue de la flor, ¡a mi madre muerta!*

*Y así he vivido los meses que llevo aquí; con
la flor de amor en mi corazón, siempre ergui-
da y lozana, pero sin aroma.*

*«He vivido» digo, porque ya, desde ayer, Dios
la perfumó.*

*En efecto, cuando ayer emprendí la peregrina-
ción de amor filial que ha dado por resul-
tado el ver a Uds. hoy, aniversario de la muerte
de mi padre, honrando su memoria, y a doquier
que fui escuché no más, unido al nombre del
inmortal cantor Pío, cual si formasen uno solo,
el de su compañera Mercedes, por sus virtudes
también inmortal. sentí, que de la conjunción de
estos dos nombres, o dos recuerdos, como que-
ráis, que vosotros hacíais, surgía de nuevo el
aroma de mi flor de amor; y que era el senti-
miento de sincera gratitud que mi corazón ex-
perimentaba, el principal motivo del prodigio
feliz...*

*Aquí está la flor; a cada uno de los presen-
tes doy un pétalo, perfumado por el afecto y
la gratitud, y siembro el tallo cabe la tumba
de mi padre, donde vuestra bondad ha hecho
que yo crea que no sólo reposan los restos de
él, sino también los de mi madre, a pesar de
que el mar Caribe los separe todavía, en la se-
guridad de que ese tallo sustentará el más her-
moso amor patrio en corazón de mujer, el más
supremo amor filial en corazón de hija, y el
más sincero amor de hermana, que quiero ro-
garos aceptéis.*

*¡Gracias por la demostración de recuerdo que
hacéis a mis padres!*

y en cambio todas, en la porfía,
en mi alma toda sentí clavar...

El rapazuelo de rizos rubios
hirióme hondo; mas fué traición;
(me hipnotizaron sus ojos rubios);
(no tuve medio de salvación).

Y dime, dime: como a mi lado
estabas, cuando maltrecha fuí,
¿tal vez el niño, desconcertado,
alguna flecha mandó hacia ti?..

Ya estoy curada. Ya nada siento...
Pues que me dices, con emoción,
que soy tu vida y tu pensamiento,
¡que es sólo mío, tu corazón!

Bertha Graziella Viquez

(Envío de la autora)



Cantos de fe

¡Ya están en el Cielo!... ¿Verdad que me miran?...
Por eso yo anhelo ser noble y ser buena.
Para poder siempre mi vista, serena,
posar en lo alto. Do ellos me miran.

Tan sólo recuerdos mis padres me inspiran
de noble existencia: no exenta de pena.
Pero en que la Fe, que el alma encadena
a Dios, fue virtud que hoy ellos me inspiran.

¿Qué fuera del triste si allá dentro el alma
la Fe no sintiera, cual bálsamo y calma,
en el crudo llorar de un duelo profundo?..

¡Oh! no, corazón!... Que jamás gemebundo
te quiero en mi pecho. Pues basta un segundo
de fé, para unirme a mis padres, en alma.

II

¿Cómo no he de darte gracias, Dios amado,
porque premies mis creencias con dolores?
¿Cómo nó, si sé que das, (y las mejores),
recompensas, al que sufre resignado?

¿Si yo sé que allá en tu Reino ambicionado,
son, del alma en cuya senda no hubo flores,
los cariños, las bondades, los amores
de tu tierno Corazón, por mí llagado?

¡Cuán pobre aquél sería a quien se dijera:
sufre aquí, y gozarás eternidades
de ventura... Y que sufrir ¡ay! no quisiera!

¡Nunca, nunca, mi buen Dios, aquél yo fuera!
Pues la Fe me dice así: «penalidades
en la Vida, ¡Gloria eterna que te espera!».

calamidades dándole para su gobierno a
quienes sólo han contribuido a aumentar
e intensificar esas calamidades. Es tarea
de gigantes la redención de una educa-
ción añosa, de una economía en banca-
rrota. ¿A qué entonces volver el índice
mandón hacia los que no tienen capa-
cidad que ofrecer, por sus años, por sus
veleidades desgraciadas? Que se silencien

esas voces que no creen que el llama-
miento hay que hacerlo precisamente a
la gente nueva de un país. Es necesario
renovar principios. Y la rutina de la ve-
tustez no puede hacerlo. Desde abajo,
mientras coge mando, prometerá ponerse

Juan del Camino

Cartago y mayo del 30.

al nivel de las ideas renovadoras del
mundo, pero una vez arriba, defraudará.

Bien, la cita ha sido un escape para
nuestra reflexión. Deberíamos variar el
título de nuestras aportaciones para el
Diccionario que decíamos. Poro oigamos
un instante a Gracián que nos dice: «Lo
bueno, si breve, dos veces bueno.»

La del alba sería cuando desperté esta mañana de invierno. Cantaban, de nuevo, los mirlos sobre las chimeneas y en las torres de Nuestra Señora de los Campos. ¿Anunciaba su canción el regreso de la primavera?

Encendí la luz y me pareció la hora propicia para continuar la lectura de un libro espiritual, las *Meditaciones* de Omar Dengo, el maestro costarricense, arrebatado por la muerte en medio de sus discípulos en la aurora de la vida.

En el corazón de Omar Dengo cantaban las aves del Cielo y en su alma nacía el alba todas las mañanas. Así, con palabras de sabor oriental, podría comenzarse la historia de su vida. Quizá porque se proponía perseguir el sentido esotérico de las cosas, a la manera de un poeta hindú, eligió un nombre que recordase el Oriente. Fue un místico de la acción silenciosa. Se consagró a conducir almas infantiles en una escuela de Heredia, en esa Costa Rica, república modelo, que amenazan las águilas imperiales.

La vida de Omar Dengo se nos parece, a la de ese otro soldado del ideal, Roberto Pizano, perdido para el Arte, para las victorias del espíritu en la hora de las mayores promesas. Como en Pizano, en los ojos de Omar Dengo parecía florecer un ensueño que amenazaba la muerte prematura. En ambos los cabellos se agitaban indómitos, sobre una frente platoniana, mientras sus labios sonreían como desafiando al destino incierto y omnipotente. Ambos poseían las más claras virtudes. Eran pacientes y humildes. Su orgullo era uno como pudor de sus almas, que los defendía de las acometidas del desfallecimiento.

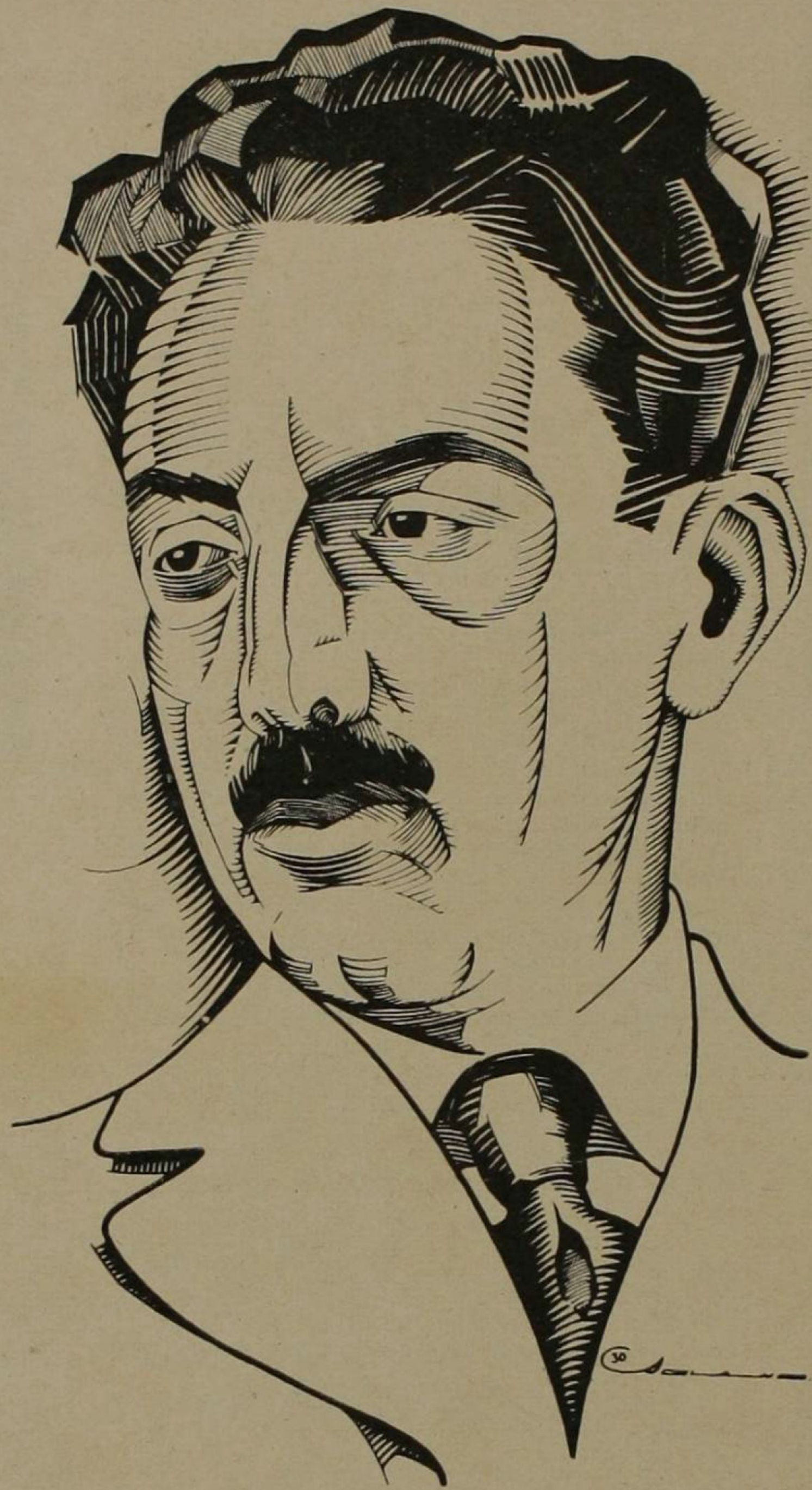
Omar Dengo fué un maestro, un escultor de almas. Salía de su escuela, como la abeja de su colmena, en busca de la sabiduría en que luego iniciaba a sus discípulos, los alumnos de la Escuela Normal de Heredia. Por eso peregrinó por tierras extrañas y se acercó un día a la tumba de Emerson, ansioso de interrogar el espíritu idealista del maestro de las bellas parábolas.

Omar Dengo fue en su patria el precursor de la escuela activa, de la que moldea el alma del niño sin torturarla, de la que forma caracteres dentro de la libertad, que es la vida.

Escribió bien poco Omar Dengo. Pero cuanto salió de su pluma, mejor dicho de su alma, tiene una densidad de pensamiento, una precisión de formas, que hacen inolvidables sus *Meditaciones*. ¡Qué profunda densidad de concepto en su memorandum para la clase

Meditaciones de Omar Dengo

=De Lecturas Dominicales. Bogotá=



Omar Dengo

Dibujo de Solano

Acerca del valor civil

(Envío de la autora)

Señor Director, compañeras, niños del *Porfirio Brenes*:

Tengo en estos momentos el alma estremecida de emoción. Sólo a la bondad del culto señor Director y a la amabilidad y paciencia de mis compañeras que me escuchan, me he atrevido a llevar la palabra ante este grupo de cuatrocientos niños, que habrán de ser mañana un fuerte contingente en los destinos del país.

En mi corazón no se aposenta la más leve sombra de pretensión, al haber sido honrada hoy para llevar al espíritu de estos niños, algunos granos de mis ideas. Después de haberme precedido distinguidas intelectualidades en esta empresa cultural, sería torpeza de mi parte llamarme a vanidad.

Empiezo felicitando calurosamente al señor Director por la brillante iniciativa de hacer desfilar por este plantel, las personalidades que más valen en las esferas de las ideas, para que los niños de hoy, hombres del futuro, reciban de ellas la benéfica luz de sus conocimientos.

Voy a hablar, sintetizando lo más posible, acerca del valor civil, tema de gran trascendencia para la República, puesto que él nos orienta el alma en los más difíciles trances de la vida. El valor civil es aquella preciada facultad del alma que nos lleva recto al cumplimiento del deber y la justicia, unida a la hombría de bien, sin demoras ni vacilaciones

(Pasa a la pág 314.)

de 1915! Allí todo es idea, juicio seguro, magistral toque. Profesores del peripato, maestros que no sois capaces de infundir vida a vuestras homilias, leed lo que sigue:

«Alguien ha dicho del libro que se leyó en clase furtivamente, que fue más útil para nosotros que las lecciones en que nos distrajo. Pensad en ese libro prohibido. No lo arrebatéis nunca de las manos del discípulo rebelde, a quien vuestra sabia lección hastió. Ese libro os presta generosos servicios. Va a un espíritu lo que no pudo darle el vuestro. Es un maestro amigo, invisible, que entra en silencio al aula a trabajar con vosotros en la escultura de las almas y os da la ilusión del triunfo cuando fracasasteis. Es como los enanos de los cuentos, que bordan por la noche la tela de la Princesa enamorada».

Este paso de Omar Dengo me recuerda lo que aconteció a un amigo mío en el aula de un Colegio de provincias. Leía el estudiante los *Motivos de Proteo* cuando acertó a pasar cerca de él un sacerdote que ejercía las funciones de inspector de estudios. El alumno intentó guardar el libro, pero el sacerdote se anticipó a decirle:—«Conserve su Rodó—. Yo también lo leo. Si ama los buenos libros yo tendría mucho gusto en proporcionarle otras obras, entre ellas las de Juan de Dios Uribe, que es nuestro primer prosador».

Como el caso se repitió con otros alumnos, el proceder del sacerdote llegó a oídos de sus superiores. Y hoy ese sabio maestro, al cual hubiera aplaudido Omar Dengo, es víctima de la inquina de su prelado.

El hombre que todos alcanzamos a ver en Costa Rica, J. García Monge, apóstol de la cultura hispánica, ha reunido en un volumen las primeras *Meditaciones* de Omar Dengo, contrariando la voluntad del maestro, el cual declaró a la hora de su muerte: *Nada de lo que dejó vale la pena de publicarse de nuevo*. Los amigos y los discípulos del maestro han considerado que las páginas escritas por el maestro de la escuela de Heredia, contenían «doctrina constructiva y flor perdurable de belleza y de bien», suficiente razón para conservar en libro los escritos de Omar Dengo, que formarían, probablemente, tres volúmenes.

Decía, pues, al comenzar estas líneas, que mientras cantaban los mirlos sobre las torres de Nuestra Señora de los Campos y parpadeaba el alba, abrí yo el libro de Omar Dengo en la página 143 en donde empieza

(Pasa a la pág. 319)

Rafael Barret

=De Helios. Buenos Aires, 1918=

Al Dr. Pedro Bonastre.

Todavía le veo... inquieto, paseando por las calles su figura de enfermo; alto, el cabello lacio, la frente pensadora.

Y era ciertamente un pensador, un hijo de la luz. El geómetra enterado de la literatura francesa contemporánea. Con reminiscencias de Maeterlinck, siguiendo a Paul Adam en alguna de sus tesis y en la marcha precipitada del pensamiento, dió en el Paraguay y en Montevideo expresión a las inquietudes del alma moderna. Al modo de cierto orador romano saltaba sobre cada asunto y «lo agarraba del pescuezo» y en esa manera audaz y bruzca de empezar, igual que en sus desenfados nihilistas, calcaba un tanto al Nietzsche del *Anticristo* y del *Ocaso de los Idolos*; pero, en resumen, Barret era un artista alado.

A tenor de cada impresión, marejadas de ideas brotaban en él. Las meditaba, las apretaba en breve espacio e iba destilando la sustancia luminosa, poco a poco, intrépidamente, con dicción victoriosa.

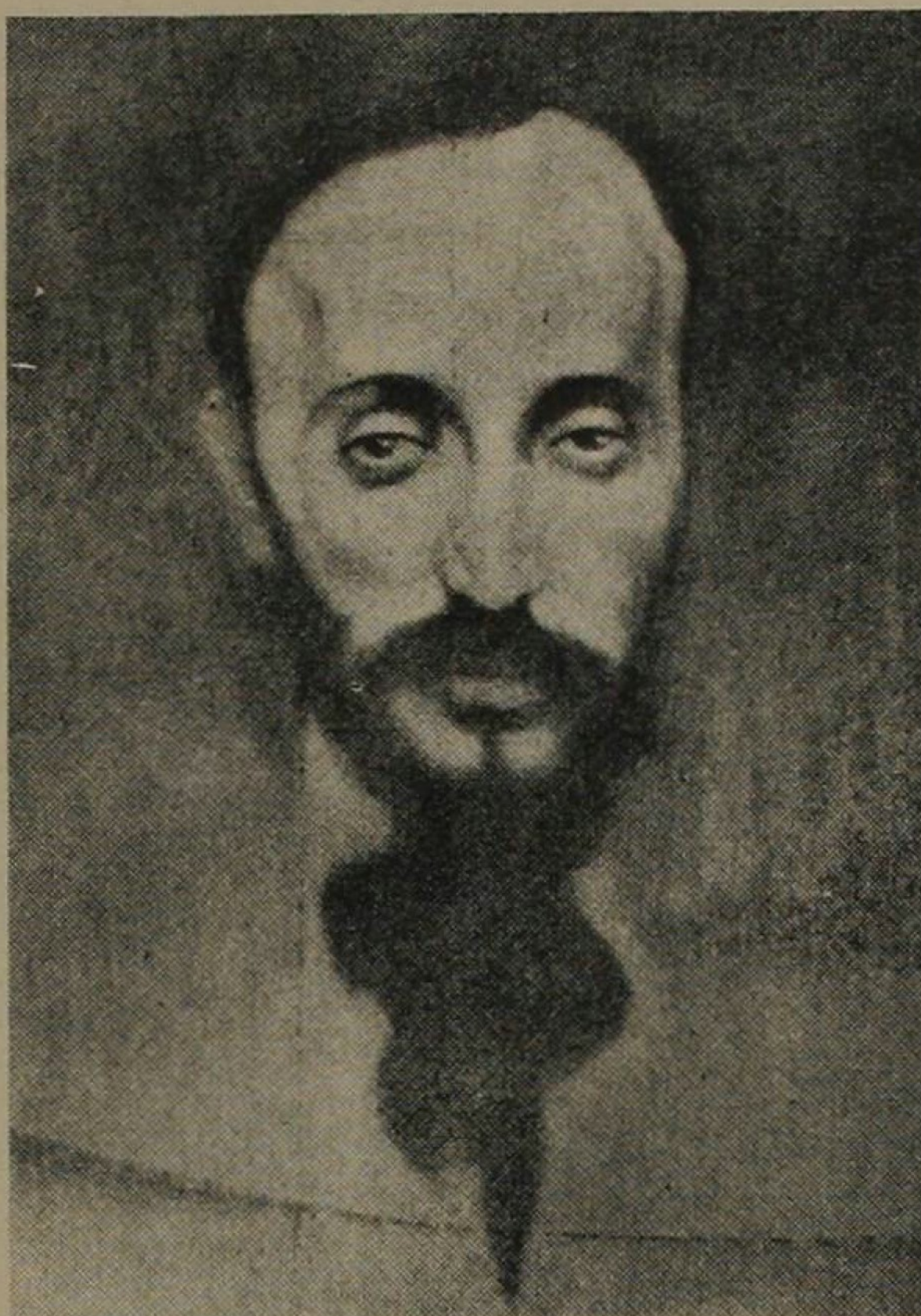
¡Dicción cincelada con infinito cuidado! Los que no pulen su estilo mueren sin producir un frase eterna. El verdadero artista sabe que «un vocablo mal colocado estropea el más hermoso pensamiento» e impide el contagio de la emoción divina, y que, al contrario, las palabras cobran una energía soberana cuando están soberanamente ordenadas. Ubicad con astucia las palabras inspiradas y caerán rutilantes, temblorosas, como gotas de luz sobre el papel.

Y Barret era maestro consumado en ese arte difícil. Pasaba días como Flaubert buscando el vocablo exacto, el epíteto adecuado.

Pero las imágenes dicen cosas más bellas que las imágenes, consigna Jámblico, y del mismo modo la música de las palabras es notación más o menos imperfecta de la música interior y más bella de la idea. En el fondo, la razón verdadera del estilo consiste en la química misteriosa de cada organismo, al símil de la que da en una planta la púrpura de la rosa y en otra el azul de la violeta, y así el hechizo de la prosa elegantísima de Barret, no estaba solamente en sus epítetos triunfantes. Radicaba en el elemento intrínseco, en sus ideas envolventes, de perspectivas inesperadas y fugaces, nuevas en el romance castellano. En otros términos, el poder de su prosa se explica por la audacia y la continuidad del pensamiento.

Pensamiento caudaloso, sin remansos, brillante siempre y, en ocasiones, profundo y sorprendente. Después de habituarnos a sus artículos, es raro el escritor que no nos parezca desmayado.

En prosa bella nos enseñó a pensar, ensanchó nuestro horizonte, pero aquí cumple a la crítica notar que Barret no era pintor de la manera que lo fué Goicoechea Menéndez ni de otra manera, y, por no serlo, escribiendo en un Edén, no nos dejó el reflujó de un alba rosada, el trasunto de un paisaje risueño en que descansa la mente. Supo con-



Barret

tar en prosa magnífica las maravillas geométricas del hierro en la torre moderna de París, sin ver en el Paraguay donde vivía, el horizonte incandescente ni la selva esbelta y pensativa. Entraba más bien en su temperamento literario cierta poesía psicológica que ponía el espíritu en tensión continua.

Demasiado continua. Se producía con una energía que no daba reposo. Cada uno de sus artículos desde el principio al fin, causaba el efecto de un torrente; mas, a la larga, impaciente el mirar siempre las aguas despeñadas.

El gusto clásico se funda en la fisiología. La misma sensación a toda hora es fatigante. Una misma flor en las narices, durante largo rato, acaba por hacernos insensibles a su aroma, escribe Spencer. Evitad la saciedad, decía un estilista antiguo—Luciano. No insistáis con demasiada violencia en la misma nota-regla de los áticos.

Nuestra naturaleza prefiere al ímpetu continuo del torrente la variada y graciosa ondulación del río que, turbulento en la cascada, camina en seguida con flexible y suave mansedumbre, ya apacible, ya tembloroso, por valles y campiñas, entre riberas encantadoras o salvajes, para precipitarse de nuevo en el declive o quizá, allá lejos, alborotarse y retumbar otra vez en la rompiente. Así el estilo perfecto, imagen del movimiento y la vida.

Barret, pletórico de ideas, sabía más que Goicoechea Menéndez, el autor de *Poemas Helénicos* y de *Guaraníes*, pero este atolondrado, pródigo en sonidos, le aventajaba en líneas melódicas.

El estilo de Goicoechea Menéndez, espejo de su imaginación voladora, era abundante, sinuoso, de viciosa lozanía, y el de Barret, hecho para las cosas

abstractas, era rectilíneo, casi lapidario, con relámpagos de luz.

Los dos eran escritores notables, cada uno por su rumbo. Barret más eficiente y más límpido cuando dibujaba la estela de la idea, su fuga rauda y luminosa. El otro más fluido y más pomposo, atormentaba un poco el color, no corría tan a prisa y era más diestro y más airoso cuando daba la sensación de la naturaleza tropical. Los escritos del primero eran como pedrerías deslumbradoras y los del segundo eran como nuestras selvas perfumadas, con su enmarañado encaje de lianas y sus flores del aire y sus nostálgicas cadencias.

En ambos la cualidad era el defecto inevitable, pero lo que quiero señalar en este momento es que en Barret no había el poder visual y auditivo de Goicoechea Menéndez. Le faltaban su pincel colorista y su eólica prosodia.

Y le faltó también la facultad evocadora del pasado. Para el amante de la energía humana, no existía nuestra leyenda donde esa energía se alzó al rango de la epopeya. Por allí empezó Goicoechea Menéndez.

Barret optaba por los temas del momento y con arte supremo sabía deslizarse en sus artículos la ironía helada. Creía que la poesía estaba en el porvenir porque no sentía la poesía de los recuerdos como no tenía retina para las nubes doradas por el sol agonizante. Fué destructor tremendo de cosas aprendidas en libros viejos, divulgó verdades humanitarias, pero nada le decía nuestro histórico poema. Quiso una vez tratar el asunto de nuestra guerra, buscó datos, se inquietó y los dejó sin publicar una línea. No era de su cuerda *La noche antes* de Goicoechea Menéndez, páginas bellísimas donde desfilan, silenciosos y sublimes, los últimos cruzados de la causa con quienes en Cerro-Corá, sollozando el viento en la selva infinita, se hundían «un ideal, una patria y una raza».

Su talento era grande, refinado su gusto, se movía con celeridad vertiginosa, mas para tratar con encanto y lucidez ciertas cosas de belleza melancólica, es necesaria la emoción.

Y ya sé que los escritores fríos afectan desdeñarla, pero, digan lo que quieran, sólo el sentimiento aviva lo que ha sido y ya no es. El sentimiento seduce y cautiva más que el raciocinio, tal vez porque la belleza valga más que la verdad. El dictamen de Goethe corre en los clásicos versos de Fausto a Margarita:

*Un acento de tus labios,
de tus ojos un destello,
valen más que todo aquello
que nos enseñan los sabios.*

El corazón es el sentido del ensueño. *Todo esta allí*, gemía la reina enamorada, y rimaba el verso de Musset—comparado por Groussac con una flecha que atravesó el siglo goteando sangre:

¡Hierre tu corazón, allí está el genio!

Barret tuvo sin embargo corazón para

ser el paladín del oprimido y su blason es haber peleado por el débil. Delató la carne del burgués espeso con las puñaladas de su pluma.

Y avanzaba la sombra de la muerte. Y entonces dijo cosas formidables. La tumba iba a tragarse y escribió:

«Sufrimos de lo que quizá las bestias no sufren, de la imagen de nuestro cuerpo convertido en podrida carroña, de nuestras pupilas cegadas para siempre por la gusanera; nuestra boca que tem-

bló contra la boca de la mujer, y gritó y cantó al sol, condenada a comer lodo en el negro sumidero. Los que se han inclinado sobre el abismo y aseguran haber oído una respuesta, no oyeron sino el eco de sus propios sollozos.»

¡Pobre Barret, asesinado por la tisis, a los 36 años! Él también sollozó de espanto al ver que se extinguía y entonces turbó nuestros insomnios con el fantasma de la noche inmensa que nos envuelve y agobia.

Manuel Domínguez

Asunción, Paraguay.

Obras de Rafael Barret:

Moralidades actuales, Lo que son los yerbales, El dolor paraguayo, Cuentos breves (Del natural), Mirando vivir, Al margen, Ideas y críticas, y Epistolario.

O. U. Bertani, Editor. Montevideo, Uruguay.

Acerca del valor civil...

(Viene de la pág. 312)

Cuando en algún instante de la vida haya que poner este valor a prueba, si creemos que llevamos de nuestra parte la justicia, hay que ir hasta el fin, empeñando la vida si fuere necesario. No hay que confundir el valor civil con la matonería, con la exhibición de la fuerza bruta, con la impremeditación.

Tuve la fortuna de seguir la trayectoria luminosa de Omar Dengo, aquel varón ilustre desaparecido, que bien pudo figurar en las *Vidas Paralelas* de Plutarco, y pude comprobar varios actos de verdadero valor civil, con la sonrisa en los labios y el alma en vuelo tendido hacia el reino de la justicia. Hasta la misma serenidad de su muerte fue un verdadero acto de valor civil, pues su entereza de carácter estuvo siempre en consonancia con la claridad de su vida. Lástima, y grande, que sus preclaras virtudes hubieran venido a resplandecer después de su muerte, en pánegíricos profusos de hinchazones retóricas.

Otro ejemplar digno de estudio, por la mansedumbre y serenidad de su vida, fue el de Claudio González Rucavado. De austero continente, de sobriedad en sus acciones, de una fuerza moral incontrastable, fue en línea recta a quebrar lanzas donde él creyó que se había cometido una injusticia. Y esto, precisamente, fue lo que hizo creerse al Quijote, flor de los caballeros y caballero del ideal. Don Quijote ha sido y será en el correr de los tiempos la más alta expresión legendaria del valor civil. Enderezar entuertos y desfacer agravios ¿no es la más bella forma de valor civil?

Acude a mi mente este otro nombre: Joaquín García Monge. Modesto, sencillo, y penetrado de un alto espíritu cívico, cuando ha tenido que defender sus ideales lo ha hecho con valentía, con ese sosiego de ánimo que permite ver claramente donde crecen las ortigas del mal que están invadiendo la Patria, en esta hora sombría en que la falta de carácter de muchos de nuestros hombres representativos, los hace cruzarse de brazos, contemplando el naufragio de la República. En este ambiente maleado en que vivimos, García Monge y su *Repertorio* representan la más alta bandera de civismo.

Valor civil, de una trascendencia única, fue aquel acto heroico de las maestras de San José, el memorable 13 de Junio de 1919, en que se echaron a la calle en valiente mani-

festación a protestar de la tiranía que en aquella época infausta, ensombreció los más sagrados fueros de la República. Yo, que tuve el honor de contarme entre vosotras, en aquellos días luctuosos, lanzo esta idea que puede germinar al calor de vuestro generoso entusiasmo: levantar por suscripción pública, un monumento, en alguno de nuestros parques, que sea sír bolo y cifra del valor civil de la mujer costarricense.

Valor civil fue el de aquel maestro inolvidable, Marcelino García Flamenco, extranjero de nacimiento, pero nativo en el solar de la libertad, que indignado por el cruel asesinato de aquel puñado de hombres, en Buenos Aires de Costa Rica, deja las aulas, cruza la frontera del Sur, se va a país extranjero a hacer el relato de las iniquidades de la tiranía, y luego penetra por la frontera Norte, a empuñar el arma, cayendo como bueno, sacrificado por los que tenían en deshonra la República.

Y entre vosotros, niños que me escucháis,

voy a citaros un ejemplo, presenciado en una de las escuelas de esta capital, que me dió la clave de este esbozo de conferencia: Peleaban dos niños, uno más grande que otro, pero el pequeño avasallado y con la nariz sangrante, lloraba ante los golpes de su contrario. Repentinamente, de entre el grupo de compañeros, se adelanta otro niño y apartando al cuitado, se le encara al cobarde, derrotándolo enseguida. Entonces el pequeño, agradecido; corre hacia su defensor y lo abraza en señal de reconocimiento. Sentí entonces, a la vista de este brote de valor civil, que las lágrimas se quebraban en mis ojos, ante la nobleza de este muchacho que así empezaba a comprender el poder de la justicia.

Proteger al desvalido, estar de parte del débil, salirle al paso a la injusticia flagrante, marcar con valentía el alma ruin en donde brote el cardo de una iniquidad, serán acciones que nos enajenen muchas voluntades, pero en cambio, viviremos en paz con nuestra conciencia. Y medita lo que es vivir en paz con nuestro espíritu.

Quien exterioriza en la prensa o en la tribuna los malos actos de los gobernantes, sin que lo mueva la mala pasión; quien exponga su pensamiento, libre de prejuicios, aún contra los amigos de acciones torcidas, quien diga toda la verdad desnuda y la grita a los cuatro vientos ante el mal proceder, será una noble postura de alma que nos encamine al verdadero valor civil.

La venalidad en los jueces y gobernantes, la ausencia de pasión, pero de pasión noble, en las luchas políticas, la frialdad ante los negocios del estado, la indiferencia por la educación del niño, el ansia desatentada por el oro, el deseo de asaltar sin méritos las mejores posiciones oficiales, la inferioridad en que nos colocamos en presencia del extranjero de ojos azules y cabellos rubios, el egoísmo que nos abrumba como una lacra, el servicio, bien pagado, que prestamos a una compañía extranjera, en contra de los intereses de la nación, el fanatismo de los incrédulos como el de los creyentes, la consecución de resonantes monedas en el exterior, que está comprometiendo nuestra soberanía, todo esto, señores, que caldea nuestro ambiente, no es otra cosa que una falta absoluta de valor civil.

Y quien más cerca está del niño para moldearle el corazón y acostumbrarlo a llevar el alma siempre en alto es el maestro. El sabio desterrado en Hendaya, don Miguel de Unamuno, al hablar de un maestro decía: «Los maestros pasamos por ignorados días de luto y de gran aficción. No nos damos bien siempre cuenta, de lo que es esa labor oscura y tenaz, de lo que es la obra de la palabra viva vertida un día y otro día en la intimidad del afecto que crea el trato, mirándose maestro y discípulo a los ojos, sintiéndose mutuamente la respiración cálida.» Y del maestro vocacional dependerá sin duda, que el niño débil que hoy está bajo su amparo, sea el ciudadano que mañana, en los vaivenes de la República, sepa desarrollar todo el valor civil que le hayan inculcado en las aulas.

Yo sé que ninguna palabra se pierde en el vacío, y las mías, no por mías, sino porque la palabra es verbo de eternidad, habrán de dejar algún rastro en vuestros corazones generosos, niños y maestros que me habéis hecho el honor de escucharme.

Blanca Milanés

San José, Costa Rica.

INDICE

Legenda aut acquirenda



R. L. Stevenson: <i>Aventuras de un mayoralzgo escocés</i> . Novela. 1 vol. pasta.....	€ 3-50
R. L. Stevenson: <i>La casa solitaria</i> . Novela. 1 vol. pasta.....	3-50
F. Dostoievski: <i>El sueño del tío</i> . Novela. 1 vol. pasta.....	3-50
B. Gracián: <i>Tratados</i> . 1 vol. pasta.....	3-00
E. A. Poe: <i>Aventuras de Arturo Gordon Pym</i>	1-25
E. M. Remarque: <i>Sin novedad en el frente</i> . Novela.....	3-75
F. Gladkow: <i>El Cemento</i> . Novela.....	4-25
Antonio Robles: <i>26 cuentos infantiles</i> . 1 vol. pasta.....	3-50
Leonhard Frank: <i>Carlos y Ana</i> . Novela.....	3-00
Isadora Duncan: <i>Mi vida</i>	4-25
Plutarco: <i>Isis y Osiris</i>	4-25
Tacito: <i>Los Anales</i> , 2 vols.....	5-00
Tacito: <i>Las Historias</i>	2-50
Juan Valera: <i>Morsamor</i> . Novela.....	3-50
Salvador Minguijón: <i>Al servicio de la tradición</i> . Ensayo histórico-doctrinal..	3-50
J. Sánchez Guerra: <i>Al Servicio de España</i>	3-50
Alejandro Lipschütz: <i>La trasplatación ovárica</i>	3-00
Dalmacio Iglesias: <i>La carestía de la vida: sus causas y remedios</i>	3-00
Francisco Villanueva: <i>¿Qué ha pasado aquí?</i>	3-50

Del natural.

En la casa de los tísicos.

Lo que mató al 4, más que la enfermedad, fue la idea. Apenas entró en el lazareto, le dio la manía de salir, convencido que de lo contrario moriría pronto. Hablaba todavía menos que nosotros, y en el hospital no se habla mucho, pero le adivinábamos el pensamiento, como sucede donde se piensa demasiado. Las ideas fijas fluyen silenciosamente de los cráneos, y se ciernen sobre las cosas. A pesar de que los que sufren son por lo común bastante crueles, el 4 nos inspiraba alguna lástima. Su cama estaba enfrente de la mía. Era un muchachito de dieciseis años, rubio y blanco; parecía el hijo de un príncipe, y su andrajoso uniforme del establecimiento, un disfraz inexplicable. Tenía bucles de oro, y admirables ojos azules. Estaba demacrado en extremo; andaba con el paso lento, automática, propio de los clientes de la casa. Sin embargo, una circunstancia extraña le distinguía de ellos: caminaba erguido. Por excepción, su pecho no presentaba esa fúnebre concavidad de los tísicos, hecha por la muerte que viene a sentarse allí todas las noches. El 4 enflaquecía y se mantenía derecho: era un tallo cada vez más fino, y siempre gracioso. Sin duda su esqueleto era bonito y brillante como un juguete.

Supimos que era hijo, no de un príncipe, sino de un herrero, que la madre estaba enferma, y que tenía varias hermanos pequeñitos. Le habían metido de ganga en un seminario, y se había escapado ansioso de libertad. Había regresado a Montevideo y trabajaba de tipógrafo. El polvo del plomo envenenó aquellos pulmones delicados, y ahora, preso en el «aislamiento» ¿qué le restaba?

—Aguardar el turno, según la eterna frase del 18.

El 4 no luchaba ya. No tocaba los dos huevos medio podridos con que le obsequiaba la «caridad» diariamente, ni la leche infecta, ni las piltrafas de carne recocida. Se dejaba ir. Recto, estoico, mudo, bello, era un lirio agonizando de pie.

Un día, no obstante brilló para él, por vez postrera, la esperanza.

Hay «visita» al hospital de tuberculosos cada dos semanas; cada dos semanas se permite a las madres contemplar a sus hijos ocupados en morir. La del 4 debía estar muy mal para no acudir al lado de los bucles de oro y de los ojos azules. En cambio, aparecía de tarde en tarde el padre, grueso, cabizbajo, sin expresión, lacónico. Traía al enfermo un poco de fruta o dulce, y se marchaba sin un beso, sin volver la cabeza, lo cual a nadie sorprendía. Es la costumbre de gente pobre.

Aquel domingo, el herrero dijo—con indiferencia—que unos tíos deseaban tener al muchacho y cuidarlo en la campaña.

Dos cuentos de Barret

= De Cuentos Breves (Del natural). Montevideo, 1911 =



M. d'ora de Amighetti.

—¿Quieres ir?

—Oh!, sí!

Y los ojos azules centellearon.

—Bueno. En la otra visita te llevaré conmigo.

Durante quince días pasó algo increíble: uno de nosotros era feliz. Al 4 se le había desatado la lengua, y nos describía la casa de sus tíos, los corrales con las gallinas y las vacas, las legumbres del huerto, la sombra de los árboles, la frescura del arroyo, la luz y el aire libre. Se sentía salvado, capaz aún de jugar y de correr, y nosotros nos entristecíamos con la envidia de la salud ajena. Hasta se nos figuró que el 4 engordaba... cuando en realidad la impaciencia le acababa de consumir.

Llegó el famoso domingo. Con mucho retraso asomó el herrero. Avanzaba pesadamente, con los ojos inyectados. Su hijo le esperaba, sentado en su lecho; se había vestido la ropita nueva, «la suya». Estaba listo.

—¿Vamos?

—¿A dónde? preguntó el padre.

—A casa del tío... ¿No recuerdas? ¿No íbamos a pedir hoy el alta?

El hombre se esforzó por hacer memoria. Su aliento olía a vino.

—Mejor es que te quedes.

—Es que no estoy bien.

—¿Eh?

—Que no estoy bien. En la última quincena bajé dos kilos.

—¿Dos kilos?

—No estoy bien... insistió el desgraciado.

—Mejor es que te quedes, repitió el herrero.

Y balanceaba el hirsuto testuz. Después se fué.

El 4 se desnudó y se acostó. Los

compañeros se reían del chasco.

—¿Qué tenía tu viejo?

Estaba tomado, y no se acordaba...

Tampoco nos sorprendió esto. El alcohol consuela ¿verdad?

A la media noche me despertó un ruido familiar, y en aquel momento, no sé porqué, lúgubre. El 4 tosía y escupía. La claridad era escasa. No se alumbraba el cuarto por espíritu de ahorro y por no tener que limpiar tubos. Me levanté y fuí a la cama de enfrente. Una mano flaca y pálida me alargó la salivera. Miré al fondo, estaba negro.

—¡Sangre! dijo el niño.

Murió el otro domingo. No era día de visita.

La enamorada.

Parecía vieja, a pesar de no cumplir aún treinta y cinco años. Las labores bestiales de la chacra, el sol que calcina el surco y resquebraja la arcilla la habían curtido y arrugado la piel. Tenía la cara hinchada y roja, el andar robusto, los ojos chicos, atornillados y negros. Era miserable. Se llamaba Victoria.

Vivía de escardar campos ajenos, de fregar pisos, de ir a vender, a enormes distancias, un cesto de legumbres. Su densa cabellera desgredada estaba siempre sudorosa; en sus harapos siempre había barro o polvo, y cansancio en los huesos de sus pies.

Victoria era célebre en el pueblo, no por infeliz y abandonada, que esto no llama la atención, sino porque decían que no estaba en su juicio. La locura inofensiva es un espectáculo barato, divertido y moral. Hace reír seriamente. Los chiquillos seguían en tropel a Victoria; no la apedreaban demasiado; comprendían que era buena. Los hombres la dirigían preguntas estrambóticas, y experimentaban ante ella la necesidad de volverse locos un rato; las mujeres se burlaban con algún ensañamiento. Victoria pasaba, andrajosa, tenaz, lamentable, llevando en los ojillos negros la chispa que irrita a la multitud y levanta las furias y hasta los perros se alborotaban con aquel escándalo de un minuto, con aquella aventura que rompía el tedio del largo camino fatigoso.

Acusaban a Victoria de dormir en tierra, de frente a lo alto y de creer las estrellas bastante próximas para hablarlas. La Luna era la *la señora del cielo*; un lucero vagamente rosado era el *príncipe radiante*; otro blanco y retirado, era el *pálido cirio*; allá lejos palpitaban, casi imperceptibles, los puntos de fuego tenue que la visionaria nombró *coro de muertas*; y de extremo a extremo del horizonte flotaba por el inmenso espacio la gasa fosforescente de la vía láctea, o *niebla de luz*. Cuando la claridad enferma y fría de los astros bajaba hasta Victoria, y la noche hacía rodar sus magníficas gemas en silencio, la loca se sentía hermana de la belleza infinita, y las voces celestiales la acompañaban

al día siguiente, en plena solana abrasadora. Entonces andaba moviendo los labios, atenta a las presencias invisibles y la gente no podía separarla de ellas.

Se le acusaba también de no comer, de alimentar a mendigos y criminales, de conocer las virtudes secretas de las plantas y de preparar filtros de bruja. Lo cierto es que anhelaba curar a los niños dolientes, y que muchas madres, después de mofarse de ella en público, la buscaban a escondidas y temblando, con las manos calientes aún de la fiebre de sus hijos.

Pero lo fenomenal, lo grotesco, lo que provocaba carcajadas inextinguibles, era la virginidad de Victoria. Fea, casi decrepita, trastornada, ese harapo viviente había pretendido conservar su pureza, y lo había conseguido. Había resistido veinte años a la temeridad de los mozos pujantes. Quería elegir el amor, ser prometida y esposa, y tal monstruosidad, tal delito contra naturaleza, garantizaba a los sencillos campesinos la demencia irremediable de su primera actriz.

Don Juan Bautista, joven doctor de la capital, vino al pueblo, compró un terreno y se puso a edificar una casa. Don Juan Bautista era rico, bello y tonto. Tenía partido con las muchachas. Victoria le vió y le adoró. El *Príncipe radiante* había descendido para ella del firmamento. Todas las manías dispersas de Victoria se juntaron en una, absorbente, feroz, la de amar a don Juan Bautista y casarse con él. No ocultó sus proyectos: desatada y locuaz detenía a los transeuntes y les consultaba sobre los medios de satisfacer su única pasión.

Espiaba horas enteras a Don Juan Bautista detrás de las tapias; se atrevió al fin, repugnante y trémula, a rogar que la dejara lavarle la ropa. No sabía aplanchar con lustre pero aprendió. El momento en que se acercaba a Don Juan Bautista, y le entregaba a él solo, las camisas y los calzoncillos impecables, era el momento radiante y feliz de su existencia humilde. Jamás aceptó un centavo por su faena deliciosa. Otras veces traía a Don Juan Bautista la

Ediciones del *Convivio* y del *Rep. Am.* a \$ 0.50 cada título. Para el exterior: \$ 0.15 oro am.

Almafferte: *El Misionero*.
Aramburo y Machado, Mariano: *Discursos*.
Bernal, Emilia: *Como los pájaros!*
Bolívar: *Discurso en el Congreso de Angostura*.
Bonafon, J. de: *El Cantar de los Cantares que trata de Salomón*.
Brenes Mesén, Roberto: *El misticismo como instrumento de investigación de la verdad*.
Chacón y Calvo, J. M.: *Ensayos sentimentales*.
Diez-Canedo, Enrique: *Sala de Retratos*.
Escobar, José Ignacio: *Escritos*.
Gerald, Paul: *Tú y Yo*.
Gibran, Kahlil: *El loco*.
Gambao, Isaias: *Flores de Otoño*.
Guido y Spano, Carlos: *Poesías*.
Herodoto: *Narraciones*.
Hispano, Cornelio: *Cesarismo teocrático*.
Hispano, Cornelio: *Bolívar*.
Ivanovitch, Dmitri: *La ventana y otros poemas*.
Leopardi, Giacomo: *Parini*.
López de Mesa, Luis: *Orientación ideológica*.
López de Mesa, Luis: *Iola*.
Lugones, Leopoldo: *Elogio de Leonardo*.
Magallanes Moure, M.: *Florilegio*.
Martí, José: *Versos*.
Masferrer, Alberto: *La religión universal*.
Masferrer, Alberto: *Una vida en el cine*.
Masferrer, Alberto: *Ensayo sobre el Destino*.
Moreno Villa, José: *Florilegio*.
Olivares, José: *Poesías*.
Onís, Federico de: *Disciplina y rebeldía*.
d'Ors, Eugenio: *De la amistad y del diálogo*.
Pacheco, Napoleón: *Personalidad literaria de Ventura García Calderón*.
Pérez, Enrique: *Artículos y Discursos*.
Renán, Ernesto: *Páginas escogidas*. (Dos cuadernos).
Renán Ernesto: *Emma Kosilis*.
Roig de Leuchsenring, Emilio: *El caballero que ha perdido su señora*.
Santillana, Marques de: *Serranillas y Cantares*.
Savitri: *Un episodio del Mahabárata*.
Tagore, Rabindranah: *El Jardinero de Amor*.
Torres Rioseco, Arturo: *Poetas norteamericanos I.—Walt Whitman*.
Torres Rioseco, Arturo: *En el encantamiento*.
Torri, Julio: *Ensayos y Fantasías*.
Tovar, Rómulo: *De Atenas y de la Filosofía*.
Ureta, Alberto J.: *Florilegio*.
Valdés Roig, Ciana: *La fuente sonora*.
Valle, Raf. Heliodoro: *El rosal del ermitaño*.
Varona, E. J.: *Emerson*.
Varona, R. J.: *Lecturas*.
Vasconcelos, José: *Artículos*.
Vaz Ferreira, Carlos: *Reacciones*.
Velázquez, Samuel: *Madre*.

Giro bancario sobre Nueva York.
Dirijase al Adm. del *Rep. Am.* — Correos:
Letra X. San José de Costa Rica.

sandía helada o dulce melón que halagan la siesta, o los sabrosos duraznos, o simplemente tomates frescos, porotos, manteca, todo gratis, y a costa de qué luchas, de qué lejanas peregrinaciones! Don Juan Bautista, jovial y satisfecho, se dejaba idolatrar.

Rafael Barret

La virginal timidez de Victoria la impedía expresar claramente sus deseos a quien se los inspiraba y los colmaría sin duda. Victoria anhelaba seducir a Don Juan Bautista, obligarle a declararse y a proponer el matrimonio. Ella no tendría entonces más que murmurar sí y caer en los vibrantes brazos del prometido. ¿Cómo hacer?

El secretario de la municipalidad, un pequeño de cabeza de mono, la aconsejó que usara polvos y sombrero, como las señoritas de la ciudad. La loca se aplicó ladrillo molido en el rostro, y sobre el cráneo, en equilibrio, un sombrero colosal que los chuscos la regalaron, con plumas estrafalarias. Así marchaba Victoria, disfrazada y grave, en pos de su sueño, entre las risas de los vecinos. De primera actriz había bajado a ser la payasa, la bufona de la aldea.

Durante varios meses, sobre los pastos, parecido a un buque empavesado, osciló el sombrero ridículo, símbolo de una ilusión desesperada. Victoria enflaquecía, se desanimaba; sus pobres pies descalzos se cansaban de correr tras la quimera; el sombrero, agotado por la lluvia, abrasado por el sol, ensuciado y roto, inclinaba tristemente sus plumas marchitas. El *Príncipe radiante* continuaba mudo y risueño. ¡Ay! Cuando lucía allá arriba, inaccesible en las limpias noches de estío, era menos cruel.

La casa de Don Juan Bautista se terminó; la verja relucía, las flores del jardín doblaban con elegancia sus finos tallos. El dueño fue a la capital, se casó pomposamente y regresó con música. La señora era rubia, bella y tonta quizá. El pueblo quedó deslumbrado.

Victoria desapareció.

Hay en lugar una escarpada peña, a cuyo pie se amontonan como en un torrente de vegetación, impenetrables brezos y zarzas. Tres días después de la boda, descubrieron unos cazadores, allá abajo, un objeto singular, una especie de gran pájaro inmóvil, de plumas increíbles. Por distraerse lo acribillaron a balazos. Resultó ser el sombrero de Victoria. «Debajo estaba Victoria, con el cuerpo tibio, todavía, y que por fin reposaba».

Sidar, el aviador

(Envío del autor)

El alma mexicana tiene alas potentes,
tiene alas audaces de juventud.
Desde el Popocatepetl, ella quiere
volar a todas las hermanas alturas
y más allá.

Más allá están los astros;
más allá de los astros está Dios.
El alma mexicana tiene alas brillantes;
las alas son color de sol.
Si se abren espléndidamente sobre el mar,
son iluminación.
Oh, tu, alma que quieres ir
más allá de los paternos confines:
mensajera de juventud y de luz.

Tú te llamas ahora Sidar;
tú quieres volar hacia el sur;
en el sur argentino

hay un nido de auroras;
tú, alma suprema de México,
aspiras a ser el águila
de esa cumbre:
ser en la altura lumbre
y abrazar al mundo en tu fulgor.

Alma mexicana, alma latina,
alma indígena, pristina alma
de una raza nueva: raza para la gloria,
raza para la esperanza, raza para la redención.
Al fin tuviste alas!
Otros pueblos han visto crecer su alma
y se llenan de orgullo:
a ti, México, Hidalgo el piadoso
puso en tus ansias el germen del vuelo.
El fué como el polluelo del águila;
El sacudió sus alas y fecundó una tempestad.

La tempestad se llamó en México, liberación:
libertad es vuelo; libertad es ascenso;
libertad es crecimiento:
libertad es altura y exaltación.

Ir en un solo vuelo a la patria argentina;
embriagarse en el esplendor de su cielo;
descansar en el Ande nivoso;
saludar desde el Ande al sol:
poder decirle al Sol: hermano!
Seguir su misma trayectoria;
alumbrar como él alumbra:
donde el sol pone una aurora,
poner Sidar una victoria;
escrutar el horizonte vasto;
beber luz en una estrella;
volar sobre la pampa fecunda
como una rosa que cae de un astro.
Ser, un instante, divino,
sin por ello dejar de ser hombre:
todo este delirio, alma gigante de México,
tú confiaste a tu aviador Sidar.

Ya no es el Prometeo que baja de las nubes
en un exilio celestial:
Sidar es el hombre que va a conquistar el firmamento.
En el hombre hay ya una nueva voluntad,
hay un nuevo genio,
hay una nueva virtud:
escalar la montaña ya no es un fin;
poner en la montaña una hoguera,
ya no es un rito sagrado de la raza:
al hombre lo urge un nuevo deseo:
en el hombre está naciendo ya un dios:
primero conquistar el espacio,
después conquistar lo divino.
El hombre va buscando el camino
de la Divinidad.
Oh, Sidar, sobrehumano:
Los arcángeles son los mensajeros de Dios;
tú, aviador valeroso y audaz,
tienes también gran misión espiritual:
tú eres el mensajero de una Nación.
En tus alas llevabas su dignidad;
en tus alas de luz llevabas una ilusión
del pueblo mexicano:
ser uno con el pueblo argentino
en tu corazón.
Tu corazón era un ánfora
para mezclar el vino de las dos naciones.
Tu eras el pájaro raudo
que va hacia el mar del Sur:
en el Sur te esperan:
en cada mano hay una bandera
en cada corazón hay un magnífico grito
de salutación.
Argentina va a decir,
en el mismo acento con que saluda al Sol:
¡Sidar!
Palabra de misterio y de conjuro:
bajo su extraña vibración
América va a despertar:
América se va a sentir unidad;
América se va a sentir evocada
a nuevos destinos:
México y Argentina ya no son simplemente hermanos:
son un solo pueblo con distinto nombre.
En América no hay más que un solo hombre:
¿qué importa que se llame Juárez
o que se llame San Martín?
Es el hombre de América: el destino es igual;
el espíritu es el mismo:
un solo continente y un solo mar.
Sidar es el conjuro del porvenir:
es la exaltación de la raza;
no es sólo ascender al Ande,
es subir a la Historia.
América va a afirmar su derecho a la vida
y su derecho a la Gloria.

El mundo esperaba maravillado:
suprema hora de ansiedad universal.
En la India un apóstol conquista
la patria con una oración:
sólo la oración es capaz de conmover al cielo.
En América, un joven
también va a exaltar a otra patria
del mundo. Esta patria es continental.
México manda a la Argentina en un vuelo
una rosa de fraternidad.

Sidar: Dios ha roto tus alas;
el Grande de los Grandes no ha querido
que tú termines tu lírica empresa.
El mundo iba a gritar: ¡Victoria!
y Dios ha cortado ese grito de triunfo
y lo ha transformado en grito de dolor.
Él, que hizo la aurora
y que hizo las estrellas.
Él, que hizo a Adán luminoso
y a Jesús puro;
Él, que da la norma de la suprema vida,
cambió tu vuelo en la tierra
por un vuelo más grande:
por un vuelo en el infinito.
Él no ha querido un triunfo pasajero
para tu nombre.
Él no quiso que se grabara tu cifra
en mármol o en bronce:
él quiso recordarte perennalmente
en lágrimas y en compasión.
Oh tú, el vencedor:
como todo grande, has conquistado
el derecho de ser inmortal en la muerte.
Dios hace esta elección en el hombre.
El Eterno te ha tratado con majestuoso designio;
¿Él mismo no será tu vencedor?
La Tempestad que te asombra,
¿no será su propia sombra?
Y el mar que te acoge en sus brazos,
no será el mismo Dios?

Sidar, el alma de mi patria
se estremcece de pavor y de orgullo.
Tú eras su amigo; no, tú eras su hijo:
ella te había acogido con devoción materna;
el eco de tu nombre conmovía su entraña;
ella gozaba de tu nueva hazaña.
Ahora tú perteneces de lleno a su corazón;
tú formas parte de su dolor de madre;
tú integras las hondas tristezas de su Vida:
esto la hará más grande en su humildad
de patria americana; la hará más digna;
la hará más noble;
pero tú, Sidar, varón y ángel,
con tu martirio excelso
has despertado en su alma un nuevo don: el dolor.
Has caído sobre su mar sereno
como un lampo de aurora.
Cuando el poeta busque en la inmortalidad
tu sombra,
la buscará en los cármenes de nuestra patria.
Que las rosas ideales de nuestros ideales jardines
ofrezcan eternamente a tu grande alma libre,
su fragancia de ensueño y su celestial encanto.

Oh, Señor, gracias:
por el magno dolor sufrido
la patria mexicana y la patria nativa
tendrán un común sentido.
Ya no habrá distancias que las separe;
ya no habrá olvidos entre las dos almas:
las dos están unidas por un mismo lazo espiritual;
las dos comulgarán en un mismo santuario;
las dos vivirán un mismo ideal:
el alma de México y el alma de Costa Rica
tienen una misma expresión: Sidar.

Rómulo Tovar.

San José, Costa Rica, 15 de Mayo, 1930.

Peregrinación a San Pedro Alejandrino

Santa Marta florece!—Jamás he visto el cielo más estrellado ni más profundamente azul que una noche en que, dejando La Guaira, navegábamos, a favor del viento, hacia costas colombianas. El águila dorada de la proa desplegaba sus alas como anunciando prósperos hados, y el mar Caribe estaba en la estación de los alciones. Yo fijaba los ojos en Véspero, astro de los amantes, que lucía con un resplandor trémulo, como una antorcha nupcial, o descubría, al norte, muy lejana y pálida, la estrella polar. Un viejo marino, de buen humor, me señalaba en la bóveda celeste el curso de las constelaciones: la Osa Mayor, el Toro, las Pléyades, el Gran Orión, y acompañaba estos nombres de graves cuentos mitológicos.

La soledad del océano nos hace silenciosos y pensativos. Como el cielo y el mar, nuestros pensamientos entonces no tienen fondo ni orillas... A lo lejos unas aves de paso van volando, volando; algas marinas que viajan sin rumbo y que no llegarán jamás; delfines amigos de la música, que suelen seguir el barco, saltando sobre las ondas, y que antiguamente fueron encantados por la lira de Orfeo; cielo azul, mar azul, azul silencio...

Después, ornada de nubes, la cresta argentina de la Sierra Nevada, las cúpulas redondas, las torres blancas de Santa Marta, las palmeras tropicales, la magnífica bahía de color de esmeralda, la punta de Betín, al occidente; el Cuerno, al oriente, y los escarpados Morros, ceñidos de férrea armadura, que custodian la ciudad.

Doblamos el Cuerno, Santa Marta duerme la siesta bajo un sol reverberante; los edificios se destacan sobre la verdura de los árboles y de los cerros. Luego, al recorrer las calles, se siente su ambiente señorial, su venerable ancianidad, y el poeta medita melancólicamente en lo que fue y ya no existe. Esas vetustas arcadas y amplios patios, sombreados de olorosos naranjos, esos marmóreos pavimentos y pesadas rejas, con ramos benditos, esos caserones solariegos y coloniales templos, nos dicen que aquí vivieron tranquila y holgadamente grandes señores, de espadín y gola, que en lejanos tiempos lucieron, en la cortesanía de los minúes y en el regocijo de las pavanas, sus empolvadas pelucas y sus casacas de oro.

Santa Marta, la ciudad fundada por Bastidas, tuvo limpios blasones y mereció el título de *muy noble y muy leal*, que le dieron los monarcas de España. *Muy hospitalaria y munificente*, debemos agregar hoy, que, con los brazos abiertos y con eximio gesto de gran señora, ha recibi-

=De la obra *Los Cantores de Bolívar*. Bogotá, 1930=



Desahucio...

Por Rendón

La venta de la Quinta de San Pedro Alejandrino

Ayer fué dirigido a la asamblea departamental del Magdalena y al periódico *El Estado*, el siguiente despacho telegráfico:

Estado, asamblea departamental. Santa Marta.—Leemos prensa: «Asamblea Magdalena acaba aprobar proyecto ordenanza por medio del cual autorizase gobernación dar en venta real, enajenación perpetua, al primer postor que se presente, reliquia histórica San Pedro Alejandrino».

Si la deslealtad al patrimonio moral de la república que tal ordenanza atestigua, pasara en silencio, querría decir que nuestra dignidad y nuestra conciencia histórica, fuerza y razón de la nacionalidad independiente, en menguada hora habría llegado a su definitivo eclipse.

Un país en cuyos lineamientos aún perdura el espíritu de la gente latina, no podrá permitir nunca que so pretexto de apacentar las impaciencias mercantiles, sean desdeñados, menospreciados u olvidados los valores esenciales del espíritu nacional, únicos capaces de sostener la personería jurídica de nuestro pueblo y de nuestra raza. El derecho de ser plenamente soberanos y materialmente prósperos, no se logra en la subasta afanosa de los bienes que los mayores nos legaron.

Con plena conciencia de nuestra responsabilidad, esperamos que el pueblo impida, por la fuerza, si fuere necesario, que en tal manera sea bastardeada la facultad legislativa, que es, precisamente, la emanación más perfecta de la soberanía.

Tristemente simbólico sería que como latinos no pudiéramos guardar siquiera el único refugio que para morir encontró el genio de la libertad de Suramérica. Si Bolívar se ha ausentado de las almas, que por lo menos nos quede la materialidad de los muros bajo los cuales nos enseñó a ser grandes y decorosos en la adversidad.

Luis Rueda Concha, Jorge Eliécar Gaitán, José Camacho Carreño, Silvio Villegas, Rafael Maya, Víctor Amaya González.

Calí, 26 de abril, 1930.

Eduardo Santos, Luis Cano. —Bogotá.

La prensa de esta ciudad informa que la Asamblea del Magdalena autoriza la venta en subasta pública de la Quinta de San Pedro Alejandrino. Les sugerimos la formación de

(Pasa a la página 320)

do la romería patriótica venezolana. Bien la conocía Bolívar cuando, abandonado de todos, se refugió en sus brazos magnánimos y le confió su postrer aliento.

Santa Marta deja una rara impresión romántica en el espíritu observador y sentimental. Se extinguieron sus hidalgos moradores, cubriéndose de orín las heroicas panoplias y la zarza invadió el palenque, pero como en las grietas de una encina centenaria, retoña aquí la sabia de la antigua estirpe y florece la raza preclara. Paso, y bajo un portal carcomido que ostenta escudo de piedra, y que deja ver, en lo interior, un jardín y una fuente, me miran y sonríen tres samarias, lozanas y tiernas como rosas matinales: Sara, Paulina, Atala... Santa Marta florece!

Santa Marta arde, en este atardecer, en llamas bermejas. Yo la contemplo solo, desde la playa solitaria; el mar es un maravilloso crisol, y, al bañar suavemente la arena, parece que la tiñera de zafiro; los Morros se levantan como foscas fantasmas, y, tras El Cuerno declina espléndido el sol de Colombia. Entonces pienso que este misterio de la tarde, este ambiente de la marina armoniosa, estos rojos oros del crepúsculo samario, impregnaron también de desolación, hace muchos años, el alma incomparable de Bolívar; que a esta hora, en aquellos solemnes días, sus pasos lentos dejaron huellas en esta movediza arena, y su mirada incierta contempló, enternecida también, la soledad inmensa de los mares! Santa Marta! Santa Elena!...

El testamento de Bolívar.

—En la notaría me presenté al día siguiente en solicitud del testamento original de Bolívar. Una niña, hija del notario, y en su ausencia, me respondió cortésmente abriendo un viejo escaparate; sacó unos papeles, y cuidadosamente, como si abriera un paquetito de cartas de amor, desató, desenvolvió y puso en mis manos un volumen empastado en cuya portada se lee esta inscripción: *Protocolo correspondiente al año de 1830. 50 fojas útiles. 37 documentos. Contiene el testamento del General Simón Bolívar*. Abrí el libro y leí, en 4 fojas útiles, el precioso código, escrito, con esmero, de puño y letra de don José Catalino Noguera, en renglones interlineados. El texto no tiene enmendaturas, y lleva al pie la firma de *Simón Bolívar*, en letra clara, y su rúbrica, muy imperfecta, que demuestra pulso débil y tembloroso. En seguida está la firma de *José Catalino Noguera, Escribano público*. Ni en éste, ni en los demás documentos del protocolo, aparecen firmas de testigos. El testamento es conforme al texto publicado y generalmente conocido.

—En buenas manos se halla esta reliquia, señorita, dije al salir, guárdela usted como un tesoro.

La casa de los Mier. — Con su antiguo aire nobiliario y su aspecto de lujosa mansión conservan los herederos de don Joaquín de Mier su casa solariega. Al pasar el zaguán se encuentra un gran patio con amplios corredores y arcos de piedra. No sin sorpresa se advierte que todos los pisos están cubiertos de cuadradas losas de mármol blanco y gris, mármol de canteras italianas, que en un tiempo se introducía, a poco costo, a Santa Marta. En el salón me recibe el señor José María Leiva y algunos de los bisnietos del ilustre abuelo de la familia, y con toda la galantería que heredaron de sus mayores, me pasean por la casa, me muestran un busto de Bolívar, vaciado sobre la mascarilla que tomó el doctor Reverend en San Pedro Alejandrino, y que tiene mucha semejanza con la efigie de Tenerani; un retrato al óleo que representa no a Bolívar Libertador, sino al marqués de Bolívar, de agradable fisonomía, rebosante de juventud, dueño de cuatro millones, jugador, enamorado, pendenciero y amigo íntimo de don Simón Rodríguez. A otro lado del salón me señalan un escritorio y una biblioteca, estilo imperio. En el primero se firmó el testamento y la última proclama, y la segunda guardó las obras predilectas del Libertador. Bajo la cubierta del escritorio está, bien conservado, un sombrero bicorne o napoleónico, de paño negro con palmas de oro, una gualdrapa azul con galones dorados, y algunas otras reliquias de Bolívar, que tomo en mis manos con reverente emoción. Al despedirme, echo otra ojeada por esos corredores, miro las pilastras, el patio de azotea, descendiendo la ancha escalera y me parece sorprender, en el descanso, el fantasma blanco del noble marqués de Torres-Hoyos, o veo entrar, bajo los arcos del patio, la historiada litera de don Joaquín de Mier, el hospitalario.

San Pedro Alejandrino. — En la tarde del 6 de diciembre de 1830 salía de la ciudad de Santa Marta una berlina acompañada por una pequeña comitiva. Después de recorrer una legua por entre avenidas de coposos árboles, se detuvo a la puerta de una hermosa quinta sombreada por tres corpulentos tamarindos y coronada por esbeltas palmas. La noche caía ya, pero en el horizonte brillaban aún los rastros bermejos que, en las playas de los mares, tiñen los cielos lejanos y las aguas tranquilas, infundiendo en el alma una dulce melancolía.

Las pisadas de los recién llegados resonaron bien pronto en las baldosas de los corredores y de las salas, y entonces empezó un movimiento general en toda la casa por parte de los amos y servidumbre que ansiaban llenar cumplidamente los deberes de una respetuosa hospitalidad.

El hombre de la berlina era el Libertador. Luego que hubo tomado asiento en el corredor, se puso a suspirar

con ansiedad el aire fresco de la noche, y, como si se hubiese restablecido con el viaje, manifestó a sus amigos que se sentía mejor.

Tales fueron las imágenes que obsesionaronme, enmudeciendo mis labios, en esta apacible tarde de abril, mientras en compañía de excelentes amigos he recorrido en coche la misma senda por donde ochenta años antes rodó, en una tarde igual, la berlina de Bolívar. El camino me recuerda el Valle del Cauca: vegetación lujuriosa, palmas cargadas de racimos, bambúes, luego el claro río Manzanares, después una portada recién enlucida, y, entre frondosos árboles, San Pedro Alejandrino.

Nos apeamos bajo los higuerones, respiramos, contemplamos y no cruzamos sino una que otra palabra. A la izquierda, un arruinado edificio que fue trapiche de mulas, más atrás otro en donde estaban las hornillas y calderas, en el centro la quinta, recortada por la azotea, con pilastras, ventanas de hierro y enrejados de madera. A la derecha, en medio de una artística verja, la marmórea estatua del Libertador.

Visitamos la capilla del patrono de la quinta, luego el salón, después la alcoba de Bolívar, con su amplia y abierta ventana que da al campo, y los desvencijados muebles de aquellos días. Aquí exhaló el último aliento...

En el corredor que da al patio interior, me detengo ante tres rojas y enormes tinajas que convidan a beber, tinajas bíblicas que evocan las de las bodas de Caná del Beroneso.

El patio presenta un aspecto agradable. Jardineras sobre las cuales había en otro tiempo jarrones de piedra; en medio, rosales y granados. En el fondo, una puerta que comunica a la caballeriza; tras la puerta, una alberca sombreada por árboles caseros; a un lado, un gran portón; al otro, un largo corredor de columnas blancas; en torno de la casa un tupido y cultivado bosque de mangos, naranjos, cuatro oscuros campanos o sanaguas, dos tamarindos verde-claros, dos decrepitas ceibas, dos higuerones, palmas; a corta distancia el callado Manzanares. Dichosos los que edificaron esta casa y plantaron estos árboles y vivieron aquí, a su sombra en riqueza y en amor y en silencio!

Traspuesta la portada, al volver los ojos y divisar por vez postrera, entre los árboles la blanca y grave mansión donde vivió sus últimos días el gran Bolívar, recuerdo a mis compañeros estas palabras de Goethe:

Meditaciones...

(Viene de la pág. 312)

el *Elogio de María*, la de Nazareth, meditación hermosa, originalmente sentida y que deja en el alma un sedimento de tristeza.

Jesús, duro como los creadores, no sintió una profunda ternura por María.

Max Grillo

Del tomo I de las *Meditaciones* de Omar Dengo, hay ejemplares disponibles. A \$ 2 el ejemplar. Dirijase al ADR. del Rep. Am.

Los lugares donde ha morado un grande hombre quedan consagrados para siempre; los siglos pasan, pero la posteridad se encarga de recoger allí el eco de su nombre y de sus hechos.

Oración pronunciada en San Pedro Alejandrino

En el centenario de la Independencia de Venezuela.

Una tierna solicitud, un piadoso regocijo nos consagra aquí, caraqueños y samarios, con austero recogimiento, a rendir homenajes inmortales y solemnes tributos al varón esclarecido a cuya invicta espada debieron los pueblos la libertad y cuya mente fue creadora de instituciones seculares.

Los antiguos, que exaltaron la alegría de la vida aun en los mismos sepulcros, se reunían alrededor de las estelas de sus héroes para vigorizar sus almas con las reminiscencias de sus proezas y virtudes y para alabarlos por la vida abundante y floreciente, y la radiosa posteridad que los dioses les habían concedido. Simbólicos dones, arraucados a la tierra, madre de todos, alternaban con las sagradas libaciones que consumían los enternecidos peregrinos de las tumbas, y fue así como—emblemas de augustas glorificaciones—los gajos recién cortados del laurel expresaron los atributos de la Poesía y ciñeron serenamente las sienas apolíneas; las rosas perfumaron la pasión de los amantes, y la verde encina fue insigne palma de los ínclitos aceros. Elocuentes ofrendas dispensadas por la tierra a sus hijos inspirados en sus sacros misterios o robustecidos por su fecundo aliento! El silencio los acompañaba, porque los afectos inmensos, los profundos pensamientos, manchaban su lozana belleza y virginidad al cubrirse con el tosco lenguaje de los hombres.

Estos frescos lauros, estas ramas de roble, estos pálidos cipreses y delicadas rosas, húmedos de rocío y fragantes del aroma de las florestas natales, son las palabras invioladas, los immaculados pánegíricos que nuestra lengua se niega a articular; ellos hablan armoniosamente por nosotros el idioma de las cosas infabables.

Sólo un recuerdo quiero hacerlos, puesto que en estos instantes todos repasamos, religiosamente, con un dulce sentido de leyenda, la maravillosa trama de la vida de Simón Bolívar. No os contaré ninguno de sus innumerables episodios heroicos o magnánimos o abnegados, ni os hablaré de sus soberbios días consulares de brillo y voluptuosidad, sino de algo que debe resonar en este recinto para el cual parece adivinado el ademán melancólico que imprimió al bronce el experto pulgar de Tenerani, de algo que podrá distraer la pena que ahora nos causa el recuerdo de las postreras amarguras del Caudillo.

Cuando la muerte nos priva de aquellos seres que nos fueron más queridos, se mezcla siempre al dolor de su pérdida un indecible remordimiento al pensar que, en vida, quizá no correspondimos debidamente a los beneficios que

de ellos recibimos. Un sentimiento semejante me obliga a recordaros, con júbilo, que cuando el gran Bolívar, proscrito de su patria, abandonado de sus amigos, perseguido por sus enemigos, pobre, enfermo, triste hasta la muerte, se paseaba en esta playa del mar pensando en sus estériles sacrificios por la libertad y la democracia, y en alejarse para siempre de estas costas e ir a sentarse al hogar de otros pueblos, llegó hasta él un noble mensaje de adhesión y gratitud que le dirigía el Valle del Cauca, desde la ciudad de Buga. Permitted, oh compatriotas de Bolívar! que un humilde hijo de esta tierra leal reivindique hoy esta gloria para ella.

Una sola voz se ha escuchado en el Cauca, decía el 14 de noviembre de 1830, en su proclama a los pueblos, el General Pedro Murgueitio, prócer caucano, Presidente de la Asamblea Departamental y Comandante General del Valle, un solo deseo, la restauración de Colombia. Y Colombia alza la frente majestuosa desde que los pueblos invocan al Libertador!

Por nuestros sufragios y generosidad está consagrado a la salud pública el genio tutelar del suelo americano. Su poder es tan ilimitado como eminente la opinión que fundan sus virtudes. Sin leyes, sin ejército, dió ser a la Patria; no la restablecerá con él y con ellas? Si, seguramente.

Caucanos! Oigamos la voz del padre de los pueblos, y la paz, la dulce paz, vendrá a indemnizarnos de los males que trajo la feroz discordia!

Era, señores, el clamor de un pueblo de eximios patricios, de bravos soldados que se batieron como leones en Junín y en Ayacucho, sobre la ingrata tierra peruana; que vieron, más de una vez, pasar por sus fértiles campos, desolados por la guerra, al héroe vencedor y magnánimo y a sus tropas dominadoras; que le ofrecieron, a manos llenas, las primicias de su ubérrimo suelo, y la sangre de sus hijos con el fiero gesto de las madres espartanas, y que, ahora, en la desgracia, en la soledad del infortunio, en el lecho de la muerte, le enviaban el último presente de su ciega admiración y el más vivo latido de su pecho hidalgo!

Todo aquí nos habla al corazón con una melancolía incomparable, y a la manera que el sol, al declinar, baña todas las tardes estas colinas, de púrpura tristísima, el ocaso de Bolívar impregnó este sitio de su desolación y de su gloria.

En medio de este huerto silencioso vivió sus postreros días el Padre de Colombia, la Grande, cuyos fundamentos fueron tan gigantescos que para verla se pusieron de pie las naciones; al lado de estas sonoras palmeras, cerca de este claro mar Caribe, exhaló el más poderoso soplo de vida que haya animado jamás al barro humano; aquí sus labios pronunciaron las más excelsas palabras de su vida: *Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria; si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro; de esta misma playa, caraque-*

ños y samarios, desfiló, hace sesenta y nueve años, en un día brumoso, una procesión funeral que devolvía a su patria sus veneradas reliquias, después de doce años de olvido; allí, en esa espléndida bahía, se detuvo el cortejo, callaron los sordos tambores, y la trémula voz de un viejo soldado de Colombia despi-

dió el precioso tesoro, con llanto y para siempre, de este suelo hospitalario; aquí, en las noches estrelladas, cuando soplan fragantes brisas marinas, bajo estos históricos tamarindos, discurre la sombra pensativa del Libertador...

Consagremos este recinto a la veneración de las generaciones!

Cornelio Hispano

La venta de la Quinta...

(Viene de la página 318).

una junta nacional con corresponsales en los departamentos, para coleccionar fondos, con los cuales se adquiera la propiedad de aquella reliquia histórica que debe ser puesta bajo el cuidado de la Sociedad Bolivariana. Los suscritos estamos listos a iniciar la suscripción en esta ciudad.

Amigos, Primitivo Iglesias, Antonio Mallarino, Ernesto Salcedo P., Arturo Díaz, Rodolfo de Roux, J. A. Capurro, R. Borrero Vergara, Julio Fajardo, Mario Carvajal, Ricardo Gutiérrez, J. M. Irigorri Isaacs, Vicente Garcés Navas, Jorge Zawadzky, Alberto Palau, Ricardo Nieto.

Bogotá, abril 28, 1930.

Estado, Asamblea.—Santa Marta.

Tertulia Cigarra abrió suscripción comprar *San Pedro Alejandrino* para que más bello monumento muestre nacionalidad jamás salga patrimonio República, obligándose pagar sueldos departamento debe sus empleados favoritos.

Santiago Páez Rueda, Aurelio Acosta, Manuel José Ruedas, Carlos Uribe Gaviria, Nieto Caballero, Francisco Bruno, Luis Vargas M., Eduardo Cuevas G., Eduardo Roza Uribe, Margario Gómez P., Guillermo Páez Rueda, José R. Vergara, Eduardo T. Vergara, Pablo Emilio Castilla, Luis Rodríguez Uribe.

Quienes firman los anteriores despachos representan auténticamente el espíritu nacional. Bastó que el telégrafo comunicara la mendicante barrabasada, sancionada por algunos diputados de la Asamblea del Magdalena, para que el país entero sintiera en viva carne la villana injuria.

Nosotros estamos seguros de que la orde-

nanza macabra que ordena la venta en subasta pública de la histórica mansión donde murió Bolívar no llega a los umbrales de un segundo debate. El sentimiento patriótico de los colombianos ha ejercitado su sanción colérica contra esos legisladores atrevidos o sonámbulos que, con una heroica inconciencia, han querido ponerle valor de mercancía a la pura reliquia de la epopeya bolivariana.

Pero, si por encima de toda protesta nacional llegara a aprobarse esa ignominiosa disposición, la bella sugestión que hoy hacen distinguidos elementos de la sociedad y del comercio habría de ser acogida con unanimidad estrepitosa. Esa colecta nacional, propuesta por los signatarios de los telegramas que motiva esta nota, sería cubierta en veinticuatro horas. Lo afirmamos así porque estamos seguros de que esa empresa no es superior en nada ni a los recursos e iniciativas individuales de los colombianos, ni a sus sentimientos patrióticos.

En todo caso es consolador anotar la resurrección de un espíritu cívico que parecía diluirse en las mil preocupaciones de nuestra vida colectiva. Por encima de las estrecheces económicas, este país, nutrido hasta la médula por el pensamiento de grandes y nobles idealistas, no venderá su alma al Diablo ni permitirá que se entregue al postor más afortunado el caudal de sus monumentos históricos. San Pedro Alejandrino, como el Palacio de San Carlos y como la Quinta de Bolívar, no son inmuebles que puedan ser negociados en las agencias. Ellos son pedazos de la patria y vierten sobre nuestra vida contemporánea el sentido augusto de nuestro pasado épico, siendo así cátedras vivas de idealidad y de civismo.

(El Tiempo. Bogotá.)

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Imp. Alsina (Sauter, Arias & C.) San José, Costa Rica